

CUENTOS NACIONALISTAS

Título: CUENTOS NACIONALISTAS

Editor original:

Isidoro Correa Plaza

Vulcano Ediciones

C/Marcelo Usera, 9

28026 Madrid (España)

Teléfono: 909 -10 86 44

Telf y Fax: (34 1)-476 38 93

Colección: Pluma Perdida (20)

© Augusto M^a Bruyel Pérez

© Vulcano Ediciones

ISBN: 84-7828-027-8

DL: M. 16.901-1997

Portada: «Combate». Detalle Crátera Corintia.

Reproducción Louvre. París.

Composición: Jordi Escuer

Impreso en España

Fareso (Madrid)

Si es peligroso vivir en este mundo no es debido a aquellos que causan un daño sino a todos aquellos que miran hacerlo y no reaccionan.

Albert Einstein

Porque, si no lo cuento, reviento.

Manuel Jardón

ÍNDICE

Prólogo de Aleix Vidal-Cuadras

Prólogo del autor

Argumentatio finalis

Conversos

Psicoterapia

Esquizofrenia

El Arcipreste de ETA

Formación del espíritu nacional

Galeusca

El Celta

Comunidades histriónicas

La víctima era catalana

Love story

Prólogo a los *Cuentos nacionalistas* de Augusto Bruyel

El nacionalismo puede ser teorizado, vivido o sufrido, pero difícilmente ignorado. Uno de sus principales tratadistas lo ha llamado «el dios de la modernidad», porque su llamada exaltante y feroz ha sonado con persistente intensidad sobre los campos de batalla y los grandes movimientos de masas del mundo durante los últimos dos siglos exigiendo un tributo de sangre y de irracionalidad hasta extremos en ocasiones apocalípticos.

En nombre de la nación se han alumbrado los más gloriosos heroísmos y se han perpetrado los crímenes más horrendos, y los pueblos han sido arrastrados al combate o a las urnas con una eficacia movilizadora jamás igualada en la Historia de la Humanidad.

Los conductores de hombres que se han decidido, consciente o irreflexivamente, a tremolar la bandera de la identidad para solicitar la adhesión de sus contemporáneos y ganar su obediencia han liberado fuerzas primordiales, arrolladoras y telúricas que, una vez desatadas, casi nunca han sabido o querido controlar.

Su inmenso poder les ha emborrachado poseyéndolos hasta la insania, o los ha arrastrado, incluso contra su voluntad, al triunfo o a la catástrofe.

Renan afirmó con singular acierto que todas las Naciones habían sido construidas con violencia y destrucción, y que su existencia y perdurabilidad se basaba tanto en la memoria histórica como en el olvido de ciertos episodios cuya remembranza haría imposible la convivencia de los connacionales bajo un mismo pabellón. Por eso el nacionalismo, que rastrea continuamente el pasado en busca de raíces sustentadoras y pretextos justificativos, nunca lo hace con espíritu crítico y objetivo, sino de manera parcial y selectiva, desechando los materiales pretéritos que lo debilitan, e intensificando o simplemente inventando todo aquello que le proporciona verosimilitud y legitimación. El nacionalismo es así una forma de amnesia selectiva y deformante, opuesta por naturaleza al análisis sereno y generadora de sumisiones rebosantes de convencimiento y ausentes de razón.

Para abordar este fenómeno, a la vez apasionante y sobrecogedor, se han utilizado diversos instrumentos: el económico, el psicológico, el histórico, el sociológico y el estético. Rara vez se ha optado, al menos deliberadamente y en España, por el literario.

Recientemente lo hizo Antonio Robles, con su estremecedora novela **Extranjeros en su país**, y ahora lo intenta Augusto Bruyel, con una recopilación de relatos cuyo título no sólo no oculta sino que exhibe su inquietud y su intención.

Estoy convencido de que este tipo de aportaciones intimistas al estudio y a la reflexión sobre el nacionalismo, externos al debate académico, político o científico, son de considerable valor y deberían estimularse y frecuentarse.

Examinar el nacionalismo a través de sus protagonistas cotidianos y anónimos e ilustrar mediante situaciones y vivencias concretas sus consecuencias sobre la vida de seres humanos corrientes sirve para enfrentarnos con su rostro más próximo y a veces más inadvertido.

Los personajes que animan los **Cuentos nacionalistas** de Augusto Bruyel despliegan ante nosotros su peripecia, tratada siempre con amable ironía, y nos demuestran que el nacionalismo está teñido de absurdos y de contradicciones que no pocas veces alcanzan una trágica comicidad.

Resulta particularmente impresionante el último de sus relatos, a medio camino entre la ciencia ficción y el apólogo filosófico, de excelente construcción y de bien administrada intriga, hasta que el desenlace enciende la luz oscura que nos revela el abismo que separa a los protagonistas, víctimas, como tantos otros, del culto atroz al tótem tribal.

El éxito del nacionalismo radica en su tremendo poder de coacción y en el temor que inspira su fuerza elemental. Augusto Bruyel, que ha conocido de cerca sus efectos, tanto en Cataluña como en Galicia, nos demuestra en este libro que la literatura puede combinar admirablemente la lucidez y el valor.

Aleix Vidal-Quadras

Prólogo del autor

La pérdida violenta de un amigo implicado en aportar su granito de arena en la lucha por la libertad de expresión me sacudió tan hondamente que consiguió desprezear las últimas desidias y movilizar las energías suficientes para colaborar en el mismo empeño y contribuir también con eso a rendirle un último homenaje. Unido a esto, las oportunas correcciones y opiniones de otro amigo sobre los textos que le iba enviando, junto con los ánimos constantes que su admirada - supongo que también sentida - aprobación de los mismos me infundía, hicieron posible que algo que, estoy seguro, preocupa a muchos españoles pueda ser compartido a través de la lectura de esta corta obra.

El libro que en estos momentos lees, amable lector, tiene, por lo tanto, una doble pretensión: denunciar y entretener. Es decir, que pretende enseñar deleitando, como quería Quintiliano. Es así como desde la elección del título hasta la última frase de cada relato, pasando por las citas que lo encabezan, todo busca dar un aldabonazo sobre la puerta de la razón.

Es una llamada de aviso, de atención, que contribuya a hacer despertar del increíble sueño en que parece estar sumida buena parte de nuestra población. Por otra parte, se desea que cada golpe llegue a sentirse con claridad pero sin estridencias, molestando lo menos posible. A eso aspira el formato de narración breve y la suave ironía con que se quiere rebozar muchas de las situaciones que se presentan, por muy irracionales que éstas sean.

Nada impide, por otro lado, que si en algún momento llegaras a encontrarte incómodo, lector atento, siempre puedas pensar que lo que tienes entre las manos no es más que literatura. Otros, en cambio, pensarán que lo que están leyendo no es más que un pálido reflejo de una realidad que se les ha ido convirtiendo cada vez en más incómoda y hasta peligrosa.

La pretensión de denunciar los cuentos del nacionalismo de manera sutil busca la complicidad de un lector inteligente que sepa ver más allá de la simple anécdota o que sea capaz de ver al vuelo esa idea que, apenas esbozada, empieza a esfumarse sin tiempo para su completa aprehensión.

De la misma manera que molesta seguir ciertas películas donde todo se explicita sin necesidad y no se deja sitio alguno a la intuición, al sobreentendido, no parece buen sistema darle todo masticado a quien lee. Es preferible que ocurra como con muchas de las buenas canciones, modestia aparte: al principio pueden pasar un poco desapercibidas pero cuanto más se oyen más gustan.

Debe ser el propio lector quien saque sus conclusiones. Para eso cuenta con un buen recurso: la relectura del texto. Creo que los descifradores avisados poseerán a más tardar después de una segunda vuelta un cabal entendimiento de lo que entrañan la mayor parte de los cuentos nacionalistas que se muestran. Existe una cuestión fundamental que no se puede pasar por alto, y es que todos los comportamientos tienen su explicación. La mayor locura, la conducta más estúpida o aberrante que podamos imaginar tienen una etiología, unas razones que han llevado a ciertas personas a comportamientos penosos. Lo que se intenta presentar en estos relatos son una serie de conductas, a mi entender equivocadas, con las que convivimos a diario y a las que se ha llegado por múltiples motivos que no impiden que los comportamientos resultantes sean negativos o estén equivocados, pero que los explican. Si no, no sería posible que se dieran con tanta profusión a nuestro alrededor.

Se desea evitar, por otra parte, caer en el estereotipo. No es justo presentar a una persona como de una sola pieza. Si nos fijamos bien nos daremos cuenta, por ejemplo, de que esa persona que conocemos tan fanatizada por su pueblo, nación o lo que sea, puede ser un buen compañero de trabajo y con excelentes ideas en otros ámbitos. Estamos hechos de aciertos y de errores. Y, sin embargo, no creo que las ideas nacionalistas y quienes las sustentan y viven de ellas de manera burda y fanatizada (cuando no claramente interesada) puedan escaparse de la crítica con que se les pretende delatar.

Son once los relatos que se presentan. ¿Por qué este cojo, puntiagudo número, y no diez o doce, que parecen mas redondos y cerrados? Pues porque esta es la cantidad de ideas matrices que surgieron de manera natural durante algo más de un año y porque, pasado este tiempo, me sentía tan agotado que pude comprender la sensación que, *mutatis mutandis*, debió de sentir en su día García Márquez cuando dijo que «*escribir cuentos cansa más que escribir una novela*» porque «*el esfuerzo de escribir un cuento corto es tan intenso como empezar una novela*». Estos once relatos han salido del alma. Escribir uno más en esos momentos habría sido como escribir por encargo. Había más ideas en el tintero pero, de momento, han preferido esperar.

Las once narraciones aparecen en el mismo orden en que salieron a la luz. Curiosamente, el resultado con un primer título en latín y el último en inglés - coincide con alguno de los principios que han animado la creación de estas historias. A saber: que los españoles tuvimos hace siglos una, lengua común de la que se derivan todas las lenguas y dialectos de España (el castellano, el gallego, el catalán, el aranés, los bables, el cheso, el ansotano, el jacetano, etc.), excepto las siete - ¡siete!, no una - lenguas vascas (vizcaíno, guipuzcoano, alto navarro septentrional, alto navarro meridional, bajo navarro occidental, bajo navarro oriental y labortano) y sus correspondientes dialectos. Y que el futuro nos lleva hacia al menos una lengua koiné de comunicación general, lo que demuestra una vez mas que los hombres han usado siempre el lenguaje para comunicarse, no para darse la espalda.

Aparte de esta casualidad inconsciente del primer y último título envolviendo y dando sentido al conjunto que se acaba de comentar, los títulos y las citas del principio de cada cuento han sido seleccionados con sumo cuidado y no pocos desvelos. Su objetivo es poner al lector en situación, orientarle desde el primer momento hacia donde el relato se encamina. Es por eso que las citas forman parte sustancial del cuento. Si éste va dirigido sobre todo al sentimiento, aquéllas han sido buscadas para actuar sobre la razón.

Quiero señalar también que todas las historias que se narran están basadas en algún hecho real, más o menos adornado o disimulado. En algún caso es el origen y el centro de todo lo que se cuenta. En otros son apenas la honda que lanza la piedra.

Tentado estoy en amortiguar algunos de los varapalos que se dan en los relatos y que, como consecuencia, se puedan recibir, con el argumento cierto de que son muchas las estupidas personas que he conocido en Cataluña, donde he pasado catorce adorables años y he dejado muy buenos amigos. Lo mismo podría decir de mi querida Galicia, tierra que me aceptó en adopción y adonde he vuelto en cuanto he podido; me llevaría unas cuantas páginas escribir solamente el nombre de los gallegos a los que aprecio y quiero. ¿Y, pues, los vascos? Si no fuera porque me da cierta vergüenza buscar justificaciones de limpieza de sangre, como de cristiano viejo, tendría que poner también sobre la mesa el hecho de que mis dos abuelas son vascas, una de ellas - la materna - con apellido tan convincente como el de *Estrataeche*.

Puede, por último, que el desarrollo de ciertos cuentos les pueda parecer a algunos ambiguo. No hay que preocuparse por eso. Los que no quieran aceptar las ideas que se encuentran en estos podrán hacerlo a partir de una serie de justificaciones que encontraran a determinadas conductas y continuar viviendo felices. Así, todos contentos. Por una parte, ellos seguirán con su problema resuelto y, por otra, se habrán confirmado una vez más algunas de las tesis en que se apoyan bastantes de los presentes **Cuentos Nacionalistas**.

El autor

Argumentatio finalis

Infiel, adj. y s. Dícese, en Nueva York, del que no cree en la religión cristiana; en Constantinopla, del que cree. Especie de pillo que no reverencia adecuadamente ni mantiene a teólogos, eclesiásticos, papas, pastores, Canónigos, monjes, mollahs, vudús, hierofantes, prelados, obíes, abates, monjas, misioneros, exhortadores, diáconos, frailes, hadjis, altos sacerdotes, mucines, brahmanes, hechiceros, confesores, eminencias, presbíteros, primados, prebendarios, peregrinos, profetas, imanes, beneficiarios, clérigos, vicarios, arzobispos, obispos, priores, predicadores, padres, abadesas, calógeros, monjes mendicantes, curas, patriarcas, bonzos, santones, canonesas, residenciarios, diocesanos, diáconos, subdiáconos, diáconos rurales, abdalas, vendedores de hechizos, archidiáconos, jerarcas, capitularios, sheiks, talapoins, postulantes, escribas, gurús, chantres, bedeles, fakires, sacristanes, reverendos, revivalistas, cenobistas, capellanes, udjoes, lectores, novicios, vicarios, pastores, rabís, ulemas, lamas, derviches, rectores, cardenales, prioras, sufragantes, acólitos, párrocos, suffies, muftis y pumpums.

Ambrose Bierce

Diccionario del Diablo

El primer camión respetó el semáforo en rojo. El turismo que le seguía, con cuatro personas en su interior se detuvo lentamente. El segundo camión, cuesta abajo, intentó controlar los ocho mil kilos de arena que llevaba de más y... ¡el cielo se vino encima!

Al oír el estrépito, alguien volvió la cabeza.

-¿Qué ha sido eso?

-Ya ves: que un camión le ha dado a otro por detrás.

Enseguida, las sirenas comenzaron a asustar el espacio.

-¿De dónde eres tú, Manuel? -

- Si te digo la verdad, siempre he sido de un lugar distinto al que me encontraba. De chico, en el Seminario de Orense, era de Vilar de Santos. Mientras estudiaba en Barcelona, me identificaban como gallego. Si salía al extranjero, era español. En La Coruña dicen que soy de Orense...

-¿Y ahora?

-Pues ahora debo admitir que tampoco soy del sitio en el que estoy.

Manolo era un racionalista nato. De esos que no aceptan nada, pero que nada, que no haya pasado antes por el tamiz de la razón. La irracionalidad de mucha gente le ponía enfermo y, armado de argumentos casi siempre contundentes, procuraba echar una mano al descerebrado de turno.

- Pero, hombre, si quieres que todo el mundo diga *Ourense* ¿no deberías tú dejar de decir *Xixón*, o *Conca*? —sentenciaba, más seguro que Aristóteles.

- *Mira, non me veñas con contos. O decreto que regula a toponimia galega di ben claro que debe ser sempre «Ourense», fálese no que se fale, aquí, en «Nova Jorque» en «Moscovia» ou en «Bos Aires».*

Y el descerebrado se quedaba tan ancho.

A pesar de tanta incoherencia alrededor, Manolo no lo llevaba del todo mal. Una persistente sonrisa achinaba aún más sus listillos ojos mientras le dibujaba en diagonal el rostro. Como era persona cabal, la fuerza de la lógica la aplicaba, en otros ámbitos, cayera quien cayera, incluso él mismo.

Como no podía entender (ni él ni nadie) algunos de los dogmas y misterios que configuran la base de la doctrina católica, sencillamente no creía.

Bueno, en realidad, no creía ya desde el principio.

- ¿Cómo un Dios podría consentir las muertes tremendas por hambre de tantos niños, o la maldad generalizada, o que un hombre acabe en lo mejor de su juventud postrado para siempre sin poder mover más que la cabeza?

- Los designios del Señor son inescrutables, Manuel.

- ¿El Señor? Pero si nadie ha podido ver nunca a Dios, hombre.

- Tampoco ha visto nunca nadie un pensamiento, ni siquiera los neurólogos que operan a diario cerebros, y no negarás que existen los pensamientos.

Manolo razonaba muy bien. Manolo era inteligente y en asuntos como el de la religión su cordura le llevaba a rechazar, como en tantas otras cosas, lo que mucha gente a su alrededor admitía sin reflexionar.

Sólo que entre tanta racionalidad su excelente entendimiento podía estarle jugando la mala pasada de exclusivizarlo todo, de no percatarse de que, además de razón, también existen los sentimientos. Y que muchas veces los sentimientos tienen razones que la razón no puede entender.

Poco a poco, la gente se iba acercando desde distintos puntos a la pequeña iglesia románica. Muchas mujeres oscuras entraban. Los hombres permanecían fuera comentando lo ocurrido. Alguna joven, de minifalda a juego con el color del acto, decidió también quedarse fuera. Dado lo intempestivo de la hora - casi las cuatro de la tarde - sólo la plenitud de vida que derrochaba el sol parecía un tanto fuera de lugar. El cielo estaba despejado y radiante. Entre pláticas, también se asomaba alguna sonrisa.

A las cuatro en punto llegó el cortejo. Al bajar los ataúdes, los lamentos que se oyeron petrificaron las bocas.

Con mucho respeto se fue entrando hasta que no cupo un alma en la iglesia. Por el presbiterio iba de aquí para allá un curita, que no lo era tal de cariño, ni por joven, sino por la estatura. Lo que tenía de pequeño le sobraba de altas voces y de mal genio. Tanto colocaba unos decoloridos paños sobre el altar como bajaba a berrearle a un parroquiano. Estaba encendiendo las velas y mangoneaba al mismo tiempo en derredor, mientras entraba y salía de la sacristía con objetos que distribuía por todas partes, aderezado todo con el oportuno toquecillo brusco de un hastiado cura de aldea. Por la destreza con la que se manejaba y los aires de suficiencia que emanaban de él, no quedaba la menor duda de que se trataba del comandante en jefe de la plaza, aunque esta vez hiciera de ayudante.

Suerte hubo de que el oficiante mayor era joven (al menos comparado con el otro) y normal. No se pudo comprobar si además sabía cantar porque, cuando menos se esperaba, el pigmeo se soltaba con un himno que sólo él debía conocer, a juzgar por la poca gente que le seguía. Claro que, aunque se conociera, el reverendo lo interpretaba de manera hartó irreconocible.

Ya en las primeras preces el hombrecillo le quitó de un salto al primer ministro el misal y le corrigió en unas cuantas páginas la que había empezado a leer en voz alta. El sacerdote, que era de capital, se contuvo.

Los que no pudieron contenerse, de la risa, fueron los parroquianos (de fuera, porque los propios ya estaban curados de espantos) al ver aparecer al maestro de ceremonias, entre las muchas vueltas y revueltas que seguía haciendo, armado con sendas botellas de litro para servir el agua y el vino.

- *¡Nin que fora para unha festa!*

Dentro de la ermita se soportaba con dificultad el calor que provenía de un firmamento luminoso, cegador. El oficio estaba resultando un dislate. Parecía que el estafalario clérigo les había contagiado a todos. El oficiante (el normal) se refería constantemente a Manuel y Carmen, cuando los difuntos eran Manuel y *Josefa*. Menos mal que Cármenes había muchas en la iglesia. Aunque la que fuera un poco supersticiosa...

En el momento menos pensado, mientras se dirigía a cualquier sitio y mirando a cualquier lado para despistar, como hacen los buenos pasadores de balón, lanzaba al aire nuestro pequeño pobre hombre un cántico de susto. Empezaba fuerte para que no cupiera duda de que, por decisión suya, ahora tocaba cantar. Y enseguida escondía la voz hasta que, como buen gallego, se comía las últimas sílabas de la frase musical. Era un continuo vaivén de desinflados que recordaba mucho al pedaleo rítmico, sin sentido, de los aprendices del armonio.

Entre los proyectos de canto procuraba el eclesiástico ir ejercitando la voz con berros y reproches a todo dios. Hay quien jura que hasta oyó un *carallo*.

Cuando, al acercarse el momento de la Comunión, le dio el sexto manotazo al sacerdote principal para corregirle cualquier cosa y éste, harto, le arrebató con furia el misal estando a punto de caerse hacia atrás por el impulso, los más cultos de los asistentes ya creían a pies juntillas que estaban participando en una película de Fellini.

- Desde luego, este Manolo se ha empeñado en ofrecernos su último argumento de que la religión es una carallada. ¿Por qué te empeñas, Manolo? ¿Tú crees que un ciego de nacimiento es capaz de imaginarse los colores o la riqueza de un paisaje?

Muy cerca, Manuel descansaba junio a su mujer. Una sonrisa beatífica y socarrona parecía volver a cruzarle el rostro. En esos momentos él ya no necesitaba creer.

Conversos

La historia de la humanidad no ha sido dirigida por la malicia sino por la estupidez o, para decirlo de manera suave, por la irracionalidad.

Mario Vargas Llosa

Diario El País

1. El último día de marzo de 1492 el terror se abate sobre los judíos. En las plazas públicas de los reinos de Castilla y Aragón retumba en los oídos el edicto de expulsión. En él se les anima «...a convertir a la fe de Cristo, que murió por todos nosotros. E se llegado el mes de iulio ansi non se fiziere, véase privado de sus tierras, animales, aperos e doutras posesiones, así como quemado en hoguera pública quen así osara desobedezer a su Rei e ofendiere tan gravemente a Dios Nuestro Señor...» Quien no quisiera abandonar el judaísmo, pero deseara seguir vivo, debía vender todos sus bienes raíces y transformarlos en letras de cambio en ese plazo... y, después, marcharse.

Samuel Leví decidió quedarse. En su resolución pesó tanto el recuerdo de muchas generaciones asentadas en el mismo sitio como el miedo a lo desconocido y a perder lo que era su vida: los amigos, las posesiones, la inercia de lo habitual... En realidad, al quedarse perdía también amigos y parientes que se exiliaban. No es que fuera tampoco rico, pero su rostro se afilaba aún más cuando, después de sopesar los pros y los contras, deducía que era mucho más lo que tenía que perder si no aceptaba los requerimientos cristianos.

Pero había un problema, pensaba. - todos me han visto siempre acudir con asiduidad a la sinagoga y descansar escrupulosamente los sábados. Mis ropas, mis costumbres, mis conversaciones... ¡todo! me delata como judío. ¡Y me conocen desde siempre!

Una sensación de vértigo, de ahogo, de aniquilación..., se apoderaba entonces de él. Y sólo empezaba, a reaccionar cuando su desarrollado instinto de supervivencia le apuntaba el disimulo como la mejor solución.

Fue, quizás, un exceso de agudeza por su parte desconfiar de que los cristianos se creyeran una conversión tan súbita. Tenía tres meses para demostrarlo, y se afanó con ahínco. Tuvo acceso a un rápido catecumenado y preparó su bautizo a conciencia, con banquete para casi todo el pueblo. Cuando salió convertido de la iglesia, lloraba con gran predicamento y a cada pobre que se iba encontrando (ellos le encontraban a él) le soltaba, despacio y de manera que sonasen, tres o cuatro monedas. Había calculado que, bien repartidas y a las horas de mayor presencia, repetir esa práctica durante los trece domingos siguientes le podía reportar a la larga sus buenos beneficios.

Para escapar del fuego, treinta mil familias comenzaron el éxodo en pleno estío. Insultados por la gente, caminando en plena calina, asediados por las víboras del camino..., se dispersaron hacia Portugal, Túnez y el Mediterráneo oriental, dominado por los turcos. La llegada a Berbería fue tan terrible que muchos retornaron pidiendo el bautismo a gritos. Tantos que la pragmática del 5 de septiembre de 1499 prohibió bajo pena de muerte la entrada a España de cualquier judío «*aunque digan que quieren ser cristianos*».

Entre quienes recibieron la inspiración divina después de los ataques indiscriminados de las tribus africanas se encontraba Zaqueo de Toledo, primo de Samuel. Aunque había malvendido buena parte de sus posesiones, pensó que aún estaría a tiempo de recomponer su vida y salvar su alma.

Soportando nuevas penalidades y pagando a buen precio comida, bebida y protección, la familia de Zaqueo desanduvo lo andado.

- Aguantad un poco más. En cuanto llegemos a nuestro pueblo los muchos amigos y parientes que allí dejamos nos ayudarán.

Si no fuera por el pasado demasiado reciente de Samuel Leví, cualquiera diría que se trataba de un cristiano viejo, a juzgar por la decrepitud sobrevenida a causa de tanta oración y penitencia pública como practicó. Había logrado méritos no ya para ser judío converso sino para ser llevado al quemadero por el excesivo ardor con que hablaba de Cristo y recriminaba a los demás lo poco cumplidores que del Evangelio eran.

Efectivamente, Samuel ayudé a su primo..., pero a caer. Lo acogió en su casa más no pudo soportar verle cantar los salmos a pesar de que se lo hubiera prohibido desde el primer día. En una casa en la que había al menos un crucifijo de gran valor en cada habitación las rapsodias hebreas constituían un horrendo sacrilegio. Vio peligrar su alma, con lo que le había costado salvarla. No le quedó más remedio que avisar a los inquisidores del peligro que suponía para la buena hierba una sola brizna de cizaña.

Una noche lo prendieron (a Zaqueo sólo, pues Samuel había desarrollado tanto la virtud de la caridad que no consintió en que se llevaran también a la esposa y a los hijos). El día del Auto de Fe al convertido le asaltaron sentimientos contradictorios. Por una parte, se mostraba tranquilo; él sólo había cumplido con su deber. Por otra, notaba cierta desazón interior porque a partir de ahora debería cuidar de una nueva familia con los haberes de su primo que, en justicia, le correspondían y que consideraba no del todo suficientes para carga tan grande.

2.

Septiembre de 1939. Las tropas nacionales señorean por la ciudad y los campos de Gerona. Hace ya cinco meses que, desarmados y hambrientos, los últimos rojos han cruzado la frontera.

¿Los últimos? No. Cientos, miles, decenas de miles de ellos se encuentran presos en cualquier sitio, a la espera del juicio fatal, o libres y temerosos, desparramados por toda España.

A pesar de que la tramontana empezaba a hacerse notar, un fuerte azul dominaba el horizonte. Gracias a esa época del año, en la que dominaban los ocres, se disimulaba algo la total desolación de buena parte del campo.

Acurrucados en el dormitorio principal de una masía lloran con amargura una payesa y sus hijos.

- ¿Qué va a ser ahora de nosotros? - Ellos no habían hecho nada malo. Ni tampoco el *seu home*.

Destrozar a golpes la cabeza de varios santos en unas cuantas iglesias no podía compararse con haber abierto la cabeza de verdad de muchos compatriotas con el tiro de gracia. Como mucho, él solamente había hecho compañía (siempre obligado) en los paseillos. Y tampoco tenían culpa de haber tenido como lengua materna el catalán. Luchar para que *Catalunya* fuese *lliure* era un *dret* y no se les podía acusar de insolidaridad, como pretendían el resto de españoles centralistas.

Tapándose lo que podía con un desvaído abrigo de color violento y una bufanda amarilla (combinación que había venido usando con asiduidad en los años anteriores *per fer país*, y que podía pasar ahora - pensó- por los colores de la bandera nacional) la mujer pasó de despacho en despacho entregándose en cuerpo y alma a la tarea de pedir clemencia. Le costó lo suyo pero, fruto de la relación entre enseñar y aprender, logró liberar a su marido, no sin antes haberse cambiado a un nuevo abrigo azul marino, que llamaba menos la atención, y una bufanda negra, más apropiada para esos momentos.

La *canalla* fue también aleccionada convenientemente. Si querían que el *seu pare* volviera tendrían que hablar siempre en español e ir a misa todos los domingos y fiestas de guardar. Les costó *també* Dios y ayuda. Al principio les producía mucho corte que mientras estaban cantando a sus amiguitos las excelencias de una España unida, se les escaparan palabras en catalán, y en la iglesia no sabían muy bien, a qué santo estaban rezando porque ninguno tenía cabeza.

Pero tan bien se aplicaron todos y tanta costumbre habían dado con los nuevos hábitos que cuando, por fin, el padre salió de la cárcel pareció no costarle demasiado acomodarse al cambio. Algo se les debió pegar de la vehemencia paterna porque un día el hijo mayor se lió a tortas con un niño que les había llamado *fills de la seva mare* a unos soldados nacionales. La chica se convirtió en fervorosa militante de la sección femenina, a la que logró afiliarse a la mayor parte de las mujeres del pueblo. Y el hermano pequeño - piadosísimo monaguillo - no consentía de ninguna manera que los demás compañeros tomaran en su presencia ni medio trago del sabrosillo vino de misa.

Ante tamañas muestras de lealtad a la causa no pudo extrañar a nadie que el maestro quisiera preparar al hijo mayor para el ingreso y el señor cura bendijera la decisión. Eligió unos estudios rápidos -Magisterio - que le permitieran ayudar en casa cuanto antes. Pero no se quedó ahí. Se afilió a la Falange Española y de las JONS, donde desplegó una incansable actividad, y fue un fervoroso impulsor de la adoración nocturna entre los universitarios. Pocos años después se atrevió con una licenciatura, la que le dio oportunidad de acceder a una plaza de Inspector de Educación. Para entonces ya se había convertido en un cielo de persona que practicaba con asiduidad (más en público que en privado) los nuevos principios. Y cuentan las buenas lenguas que no hubo mejor impulsor en las escuelas españolas de las virtudes de una España unida, la reciedumbre de nuestra raza y de los primeros viernes de mes.

3.

Invierno de 1995. En un centro público de la marina occidental lucense está don Gil, un profesor natural de Valladolid, redactando muy ufano para sus alumnos:

«Cabe-me a honra de vos apresentar o primeiro receitaúario que sai, cos pratos ainda quentes, das cozinhas de Hotalaria do Instituta de Formaçon Profissional de Foz.

Umha carta chea de sabor e saber: o sabor da cozinha galega mais enxebre e o sabor desses aprendizs de cozinheiro que, asesorados polos seus mestres, cozinhárom estos pratos.

Aprendizs, e nom de bruxos, chamados a ser os vindoiros alicerces da nossa cultura gastronómica.

Nom vos caiba dúvida, a Escola de Hotalaria de Foz é o viveiro no que se terám que nutrir os profissionis mais cualificados da restauraçom galega.

Ide aló: o bem fazer, a amizade e a boa mesa serám a vossa companha».

Podía haberlo firmado como *El de las calzas verdes* pero él prefirió el seudónimo Xesús do Breogám. No obstante, los alumnos, siempre tan perspicaces, supieron enseguida que aquella joya de la literatura lusista había sido obra de don *Xil*.

Don *Xil* no sólo había nacido sino que había sido criado y educado en Valladolid. Lo pilló la democracia cuando él iniciaba la juventud y ella la vida, lo que les produjo una relación mutua de euforia, de excitación y también de inmadurez. Un día oyó no se qué de los Reyes Católicos y él, autoconsiderado como progre, comenzó a desarrollar un claro sentimiento de culpabilidad por lo

que le contaron que había sucedido hace quinientos años. Y decidió que debía restituir parte de lo que sus lejanos antepasados habían destruido.

Empezó a odiar la lengua castellana, esa imperialista, a la que jamás volvió a llamar española (esto no le venía de los Reyes Católicos sino de bastante mas acá). Cuando debió trasladarse fuera de su tierra porque ella, era tan pobre que no tenía, ni de lejos, puestos de trabajo para todos los castellanos recaló en Galicia, una Comunidad de las denominadas históricas (bien es sabido que la historia se puede cortar por donde a cada cual le interese), que recuperaba a marchas forzadas algo de aquello que le habían contado sobre los Reyes Católicos. Sus compañeros de instituto fueron muy comprensivos con él cuando advirtieron que tanto se había afañado don *Xil* en demostrar lo mucho que se autoodiaba que se pasó de estación y llegó también a odiar el gallego. Lo suyo era ahora el portugués.

- ¿Y no te parece que sales de un imperialismo para caer en otro?

Pero don Gil no estaba para exquisiteces retóricas. Se encontraba muy afañado en encontrar palabras para los ejercicios de Ética del día siguiente. Escribía:

Temas de ética. *Canções*
Questiões gerais. 1.

Atitude ética das pessoas perante situações diversas.

Assinalem-se os temas e/ou subtemas, relativos ao genérico «atitude éatica das pessoas», que suscita a leitura atenta destas duas canções de Carlos Cano:...

Cuando el profesor vallisoletano afincado en Galicia acertaba con las palabras lusistas sentía una felicidad casi orgásmica. Por la noche, con la conciencia ya más tranquila, conseguía dormir a pierna suelta.

A veces, sin embargo, se le metía en el alma cierta desazón cuyo origen no conseguía descifrar. Esas noches se las pasaba en un duermevela incómodo, enfermo y cruel.

Psicoterapia

Mecanismos de defensa del yo.

Término del vocabulario psicoanalítico. Se entiende por tales todo procedimiento utilizado por el Yo en su lucha contra las pulsiones del Ello. El proceso defensivo se desencadena automáticamente cuando surge la angustia; la representación displacentera (y la pulsión correspondiente) se encuentra con la oposición del Yo, que pone en juego uno de los mecanismos de defensa de los que dispone: *la represión, la formación reactiva, la regresión, el aislamiento, la anulación, la proyección, la introyección, la vuelta contra sí mismo, la transformación en lo contrario, la sublimación, el desplazamiento, la identificación proyectiva...*

Ana Freud

El yo y los mecanismos de defensa

(extractos)

La vida en la aldea no se andaba con bromas. Cuando nevaba, nevaba en serio. Si tenía que hacer calor cuando menos falta hacía, durante la siega calentaba de veras. Y si empezaba a llover, ¡cielo santo!, llovía muy, pero que muy en serio.

La vida allí era realmente dura. Había que trabajar como bestias no sólo de sol a sol sino también cuando estuviera, nublado y hasta encapotado del todo. Y siempre a mano. Nada de maquinillas que te aliviaran la tarea, que ahora ni son labradores ni son nada. Cada palmo de tierra, cada espiga de centeno, cada gota de leche tenía que haber sido impregnada con el esfuerzo del propio cuerpo

Dado tamaño esfuerzo para conseguir tan poco, el señor Aquilino Moure y la señora Pepa Castro decidieron ser unos adelantados a su tiempo y sólo tuvieron dos hijos: un niño y una niña.

Un día aparecieron por allí unos frailes mercedarios. No es que se hubieran perdido, sabían muy bien lo que querían. Buscaban chicos duros como *collos*, sin remilgos, de piedad curtida... Y a fe que ahí los encontrarían. Ni el señor Aquilino ni la señora Pepa, que sufría de frecuentes migrañas, se hicieron insistir demasiado. Les prometían educación y cuidado; pero, sobre todo, que su hijo podría salir del monte. Realizadas las mínimas comprobaciones necesarias, al cabo de pocos meses Eugenio Moure cambiaba prados, castiñeiros y colinas por cereales, carrascas y llanura.

No le costó en exceso adaptarse a la nueva vida. Es más: a pesar de su tierna edad, o quizá gracias a ello, el chaval se sintió pronto mejor que peor. El contacto con la naturaleza y los animales no sólo le había endurecido sino que le había espabilado en algunos aspectos. Mientras algún compañero de ciudad se encontraba aún en el limbo, él sabía desde siempre qué había que hacer para traer niños al mundo. ¿Y trabajar? ¡Huy, trabajar! Como se trataba de un internado con suficientes tierras, granja de cerdos, gallinero, criadero de conejos, enorme huerta..., que se autoabastecía de casi todo, no faltaban momentos en los que Eugenio pudiera demostrar la capacidad de trabajo que atesoraba.

- Que venga el gallego, que venga el gallego gritaban tanto los demás niños como los superiores cuando se hacía necesario enfrentarse a una tarea especialmente dura o desagradable.

Y llegaba el gallego, que venía entrenado para aquello y mucho más, se quitaba la chaquetilla o el jersey, se arremangaba la camisa y... ¡zis! ¡zas!, entre la admiración de todos, dejaba bien alto el pabellón de su tierra.

Así continuó durante mucho tiempo. La vida en el internado discurría, monótona y segura día tras día. Mas ocurrió algo que no es que tuviera mucha importancia en sí misma pero que a él, sin saber muy bien por qué, le afectó de manera especial. En uno de tantos rifirrafes habituales entre niños,

Moure discutía una situación de juego con otro compañero cuando éste, inopinadamente y sin venir a cuento (no era una situación de tareas del campo) le espetó: ¡gallego!

Eugenio, a quien siempre le había parecido que le recordaban el gentilicio con cariño, se quedó anonadado, sin habla. Cuando más tarde tuvo ocasión de volver a comprobar el matiz insultante con que se le recordaba su origen, el espacio que los asuntos sexuales habían dejado libre en su inconsciente lo empezó a ocupar esa maldita palabra y todo lo que al parecer significaba, para él y para los demás: entre otras cosas, aislamiento geográfico y retraso cultural. Y ese soniquete en el habla que le parodiaban de vez en cuando y que tanto empezó a odiar. Tanto, que se esforzó en sustituirlo por otro ajeno, seco y áspero, con sonoridad más fuerte en la última sílaba de cada frase, justo lo contrario de su querencia natural. Pero tenía la virtud del disimulo y contribuía a rebajar la tensión interior. Notaba algún problemilla y sentía ciertas sonrisas y miradas sarcásticas y hasta de rechazo durante el único mes de vacaciones que pasaba en su aldea pero, a pesar de esto, creía que le compensaba.

Así fue tirando, entre libros, azadas y algunos desvelos que le retorcían de cuando en vez el alma. No entendía muy bien lo que le pasaba, pero tenía la sensación de un cierto desarraigo interior. No era de aquí ni de allí. Y aquellas cosas que había conocido desde niño con las que se había identificado y a las que había llegado a querer, se le volvían inexplicablemente contra él. La carne de cerdo, tan buena se mirara por donde se mirara, y alimento básico de su aldea, era ahora la causa de esas figuras rechonchas y de esos coloretos que delataban a sus paisanos, al mismo tiempo que claro síntoma de la poca variedad en su dieta alimenticia. Aquella gaita de sonido tan poderoso que el rebufo de una de ellas era suficiente para hacer brincar a todos los mozos en la fiesta del patrón se había convertido ahora en el sonido estridente e insoportable de un instrumento que le llegó a parecer estrafalario. Donde vivía ahora daba gusto; no estaba siempre lloviendo y los caminos no se encontraban constantemente embarrados ni había necesidad de ponerse aquellas incómodas y pesadas zuecas para caminar por ellos.

Y así casi todo ¿Qué podía hacer para soportar esos desgarros?

Al cabo de bastantes años fuera de su tierra y de la sociedad laica un día dejó los hábitos tirados sobre un diván. Se trasladó a Salamanca para continuar estudios de letras. A sus padres no les importó: el *Euxenio* ya iba bien encarrilado; no tendría que trabajar la tierra. En la aldea decían algunos con soma que era un *desertor do arado* pero ¿y qué, si lo era?

A Salamanca se fue con algún otro compañero desertor del arado (tirado por mulas en vez de por vacas) y desertores todos de la sotana. La verdad es que eran un poco raros y se comportaban de manera un tanto extraña. Iban como *tolos* detrás de las chicas y caían enamorados en cuanto una de ellas se veía obligada a pedirle a alguno de ellos los apuntes de una semana de clases a las que no había podido asistir. Menos Eugenio Moure Castro, que se mostraba bastante más natural con las personas del otro sexo. Lo que le tenía ocupada la cabeza al gallego eran otras cosas. Se encontraba muy harto de tener que intentar ganarse siempre el favor de los demás, para lo que debía mostrarse habitualmente sumiso y con gracejo. Y, allá donde fuese, le perseguían sus dos apellidos, de los que no podía escaparse. El segundo aún tenía un pase, pero anda que el primero..

Sintió las garras de la depresión. Los demás no le dieron mayor importancia.

- Es natural en los ex-seminaristas, Eugenio, al menos al principio.

Tú tranquilo. Pero, al cabo de unos meses, acuciado por la necesidad y apoyándose en el conocido comentario de que el mismísimo hijo de Cela plantaba con toda naturalidad a sus contertulios en

medio de una conversación de café para acudir a la consulta habitual con su psicoanalista, buscó secretamente ayuda para sacar del atolladero a su abatido Yo.

Era la década de los setenta y la Universidad se debatía en un hervidero de ideas, de panfletos escritos en papel de embalar que aparecían de repente colgados en las paredes de los pasillos y que había que leer de prisa antes de que desaparecieran tirados por el suelo; de asambleas, de carreras con la muerte en los talones, de noticias esperanzadoras, de siglas que se creaban y que producían un gran reforzamiento interior y social entre quienes se acogían a ellas...

Un poco por tanto ajeteo, y otro poco por las visitas al psicoanalista y la lectura diaria del periódico en la segunda mitad de la década, lo cierto es que Eugenio se empezó a encontrar algo mejor. Cierta día, mientras leía con avidez *El País* en la consulta del psiquiatra, sus ojos dieron con tres letras. No era mas que tres letras (eso sí, con mayúsculas) pero que daban nombre a un medicamento mágico. Sus poderes curativos eran tan poderosos que, conforme iba leyendo el prospecto, empezó a sentirse mejor, mucho mejor, pero que muchísimo mejor. Se sentía salvado.

Un ese momento tomó la decisión seguramente más importante de su vida: se levantó y le dijo a la enfermera, o recepcionista o lo que fuese, que se había acordado en ese momento de que tenía un recado muy urgente que hacer y que lo sentía mucho pero que no podía quedarse a su hora de psicoterapia. Se marchó corriendo al piso que compartía con otros chicos, cogió toda la documentación personal que pudo y se plantó en la secretaría de su Facultad. Realizó los trámites que le dijeron al objeto del traslado de su expediente a la Universidad de Santiago y, pocos meses después, se encontraba, feliz de la vida, en su tierra.

En la capital localizó enseguida los locales de UPG (*Unión do Pobo Galego*) y se afilió con la emoción de un neófito. Rebuscó léxico y giros en su infancia y empezó a comunicarse en *galego*; siempre, incluso con aquellos que le contestaban en castellano, como era el caso de su propia hermana. Adelantó un paso y se hizo llamar por todos *Uxío*; al principio le sonó un poco raro y no se daba por aludido cuando le interpellaban con ese nombre, pero acabó acostumbrándose. Y en el futuro le pondría a un hijo suyo *Brais*. Poco a poco *Uxío* se convirtió en un hombre nuevo. Atrás fueron quedando las visitas al psiquiatra y su desdoblada personalidad. Con su nuevo medicamento no las necesitaba para nada. Iba de asamblea en asamblea y de reunión en reunión, en las que se manifestaba emocionado o exponía sus ardientes razones con voz trémula y ojillos húmedos.

Empezó a hablar de autoodio (perdón, *autonoxo*) y se lo restregaba a cualquiera por la cara, así fuera su mismo padre. Todas las mañanas de predicador que le habían enseñado y que no pudo haber ejercido antes las empezó a utilizar ahora con enorme profusión y sentimiento. Lo mismo se inventaba una anécdota para atraer la atención de los oyentes como descubría sus (de ellos) ocultos pecados antinacionalistas o enarbolaba los terribles castigos económicos y de retraso permanente que se podían derivar por eso. Tumbado un día sobre el sofá, con los brazos cruzados detrás de la cabeza y los ojos mirando al techo, tras una agotadora pero fructífera jornada en la que su grupo había aprobado *esixi-la galeguización urxente de tódolos topónirnos da Galiza*, *Uxío* pensó que ¡por fin! se encontraba en su salvación y en la cumbre de toda buena salud.

Esquizofrenia

...Entre los síntomas más importantes se observan: un trastorno fundamental de la noción de lo real, la falta de coherencia entre el pensamiento y su expresión, y la ambivalencia efectiva. A estos trastornos se les añaden sentimientos de despersonalización...; el mundo exterior se percibe como amenazador.

Diccionario de Psicología Enciclopedia de la Psicología y la Pedagogía

El día 3 de diciembre de 1992 nadie habla de otra cosa en la ciudad. Desde las primeras horas de la mañana una gigantesca nube de humo y llamas sube desafiante desde la costa dejando muy empequeñecido el gran faro alzado en lo alto de una colina, símbolo de la urbe. Encallado contra las rocas, el gran monstruo marino, partido en dos, expulsa de sus entrañas una sangre negra, negra y muy espesa. La catástrofe es inmensa. Se contamina el aire y se echan a perder sobre todo las aguas y su ya esquilmada riqueza en bivalvos, crustáceos y peces.

Los periódicos acaban de enviar hacia los quioscos la edición del día y lo único que pueden hacer ahora es acumular datos para el día siguiente. Pero la radio y la televisión escupen de continuo a las ondas noticias cada vez más alarmantes.

TVE en Galicia organiza en pocas horas un programa de urgencia en el que un marino mercante y un biólogo marino del Instituto Oceanográfico van a ser entrevistados con el fin de que los atemorizados ciudadanos puedan conocer más detalles del siniestro y sus posibles consecuencias. Aunque don José Iglesias es de Ferrol y don Eduardo Gómez madrileño, ambos han sido convocados por su situación de expertos, no por su lugar de nacimiento.

- Ustedes no se preocupen gesticula sonriente la gentil locutora-. Son quienes más saben de esto y no tienen más que expresar sinceramente lo que piensan. Antes de conectar cámaras y micrófonos, La presentadora y sus ayudantes repasan el guión y hablan entre ellos.

- Yo creo que antes de que empiecen a hablar los entrevistados se deben ofrecer algunas escenas del accidente.

- Hombre, sí, estaría bien. Aunque también se podría presentar primero al marino y al biólogo y, según fueran hablando, ofrecer en pantalla imágenes de la catástrofe.

¡Vamos a hacer una prueba!- grita el técnico de sonido.

La locutora se pone en situación, se concentra durante unos instantes y lee entonces las primeras líneas del guión:

«As novas seguen a ser preocupantes. As lapas chegan a dez metros, e o fume negro ás veces non deixa acercarse ó buque. Segundo as opinións dos expertos, é posible que aínda quede crú nalgunha adegá do barco..»

¡Ya puedes parar, el sonido está bien!

La locutora se relaja y dice:

-Caramba, en mis tiempos las lapas nunca llegaban a los diez metros... y se echaban a la paella, ¡ja, ja, ja!

La conversación informal sigue en castellano, hasta que anuncian que faltan diez segundos para grabar. En el momento en que se enciende la luz roja, la locutora cambia inmediatamente de registro idiomático y se pasa al gallego normativo. Después de hacer un resumen de la situación comienzan las preguntas a los invitados.

- *¿Ata que punto pensa vostede, don Eduardo, que van afecta-los vertidos no litoral coruñés e ferrolán?*

Ciertamente, de manera muy grave. Si no se toman medidas de inmediato para impedir que se extienda la mancha de petróleo, allí donde llegue, el ecosistema marino quedará muy afectado durante varios años.

- *¿E cales serían, segundo vostede, as medidas máis urxentes para reduci-lo vertido: queimalo, disolvelo con deterxente ?*

-Yo creo que habría que compaginar una serie de medidas, tales como...

Deste xeito continuó desarrollándose la entrevista, joya del bilingüismo, y todos tan contentos. Lo que estaba ocurriendo ese día no era más que el reflejo de lo que había sido el contradictorio año 1992. Dinero a espuestas para algunas Comunidades y miseria para el resto; conmemoraciones de fastos y gestas pasadas contra manifestaciones de pública vergüenza y arrepentimiento por los mismos hechos; construcción de puentes y embellecimiento de puertos frente a petroleros a los que no se les ocurre otra cosa que venirse a destripar a nuestras costas.

Un año tan loco no podía terminar de otra manera que como terminó. A siete días de su remate, el Presidente de la Xunta se encuentra a las diez de la mañana dispuesto a grabar para la televisión autonómica un breve discurso que sirva al mismo tiempo de colofón al año y de preludio para el siguiente, el gran 1993, en que se habrían de celebrar el Xacobeo compostelano y nuestro Quinto Centenario, que también lo teníamos.

Tras el obligado pase por las manos de la maquilladora, y las pertinentes pruebas iniciales, don Manuel hace un gran esfuerzo para desfruncir el ceño, se cala unas honorables gafas y lee lo más despacio que puede las frases escritas con grandes letras sobre unos paneles situados al lado mismo de la única cámara que iba a grabar el discurso.

- *Queridos e queridas galegos e galegas. Moi boas noites. Atopámonos hoxe celebrando unha das festas máis familiares e agarimosas...*

El cámara, profesional donde los haya, no en vano había conseguido el título de especialista en *Imaxe e Son* en el moderno centro de Someso (La Coruña), al cabo de un tiempo empezó a aplicar lo que le habían enseñado. Para romper la monotonía comenzó a describir (lentamente, eso sí) un semicírculo alrededor del Presidente.

-... *que existen no noso contorno...* ¡Bueno, yo así no puedo hablar! ¡Si se mueve la cámara tan deprisa yo no puedo leer! - se oyó tronar.

El profesional hizo una mueca de disgusto y asentimiento, paró en seco el paseo, y se prepararon todos para empezar de nuevo. El Presidente esbozó una sonrisa.

- *Queridos e queridas galegos e galegas...*

Todo parecía ir bien ahora. Es cierto que a don Manuel, brillante Catedrático de Derecho acostumbrado a desgranar largos y profundos discursos, y a mitinear improvisando fogosamente, le

resultaba humillante tener que leer un discursillo de sólo quince minutos que le mostraban, además, delante de todos, en inmensas letras para niño cegato.

Habían transcurrido ya unos minutos de solemne verbo enriquecido por las aportaciones de la *Real Academia Galega da Lingua y del Instituto Padre Sarmiento*, cuando el realizador, que tenía decenas de miles de tomas a sus espaldas y que, por hallarse un poco más apartado del plató, no había percibido tanto el primer síntoma de enfado del Presidente, consideró que eran demasiados minutos sin haber cambiado ni siquiera de ángulo de plano.

- Muévete un poco, Pepe - le ordenó al cámara.

Éste lo hizo poco a poco, con muchísimo cuidado.

...non son poucos os atrancos que se a topan no camiño para intentar conqueri-lo desenvolvemento axeitado ás capacidades do noso pobo, cun orzamento tan axustado como ó que se nos obriga...

¡Esto no puede ser! ¡Si este señor se sigue moviendo yo me voy para casa! ¡Esto es intolerable!

El hombre estaba descompuesto. Sudaba y se echaba mano al cuello para aligerarse un poco la opresión de la camisa. Llevaba en los estudios de televisión casi dos horas para leer unas pocas líneas que él habría sido capaz de comérselas de memoria en un santiamén. Pero los asesores de imagen le habían aconsejado que no, que podría acelerarse o dudar aunque fuera sólo un poco y, en cambio, con el pase pausado y al mismo ritmo de cada una de las frases el mensaje le quedaría de lo más lucido. Uno de ellos se levantó solícito a acomodarle el nudo de la corbata.

- ¡Quítese de ahí!— bramó el prohombre, apartándolo bruscamente con la mano.

- Es que se le ha descolocado la corbata, don Manuel - se atrevió a balbucir el señorito.

- ¡Ni corbatas ni *carallo* de La Habana! ¡Está bien como está! ¡Y yo me marchó!

Aquello era de *tolos*. Los acompañantes del Presidente no sabían dónde meterse. En el mismo estudio había varias personas revolcándose en el suelo a causa de la risa. Y el cámara dudaba entre soltar abiertamente la carcajada o mantenerse circunspecto para evitar que le fusilaran allí mismo.

En fin, cuatro horas después de haber entrado en los estudios de San Marcos pudo quedar listo el discursillo de marras. Unos días más tarde, los ciudadanos pudieron seguirlo, muy mono y comedido, alejado de todo castellanismo, muy del gusto de la nueva normativa.

Antes de despedirse, Eduardo preguntó a la presentadora si podría tener una copia, como recuerdo, de la entrevista.

Sí, aunque no ahora. Podrá recoger una copia dentro de una semana. No obstante, si usted quiere verla antes puede hacerlo - y grabarla, si lo desea - esta tarde a las tres, cuando la volvamos a pasar por pantalla.

¡Estupendo! A esa hora se encontraría a unos cien kilómetros de casa pero encargaría a su mujer que conectase el video. Él podría ver el programa tomando un café en cualquier bar.

A las tres menos cuarto entró en una cafetería de la costa norte, buscó un sitio adecuado, pidió un café doble y se dispuso a ver el especial *Mar Egeo* repetido.

- *Señoras e señores, atopámonos hoxe acougados pola tremenda catástrofe xurdida neste amanecer na nosa costa...*

¡Qué bonita estaba la presentadora! - Mejor, incluso, que al natural. Hay que ver lo que hace un buen encuadre y la toma del perfil adecuado - pensó el biólogo. No estaba quedando del todo mal el programa. Habían conseguido un buen juego de contrastes entre la negritud y sobrecogimiento de las escenas exteriores y la buena luz y serenidad del estudio; entre la tranquila información que aportaban los invitados y la apresurada palabrería de la periodista (bueno, a lo mejor no era periodista; casi seguro que no lo era); entre...

Las entrevistas al marino mercante y al biólogo se desarrollaban con cierta placidez tensa. De repente, en el bar se alzó una voz quejosa, aunque nadie hizo especial caso. Al poco rato, otra vez. pero ahora con mayor volumen y remachando más las palabras.

- *Pero ¿ será posibel? ¿É que essas duas persoas nao saben falar o idioma propio da Caliza? Vaxa atitude chula e situacao esquizofrénica. ¿Os da tele nao poden conquerir dous expertos que nao falem num idioma alleo a nós? ¿Haberia que apresentar subtítulos para que a xente se decate do que din...!*

Se trataba de X.M.S., profesor de educación primaria y coordinador comarcal de la *Mesa pola Normalización Lingüística* (MNL). La gente lo conocía. El camarero se fue a otro lugar de la barra a servir. Los más cercanos se hicieron los despistados, y el bar entero pasó de él.

El oceanógrafo no se atrevió a volver la cara, por si acaso. En cuanto hubo terminado la reposición del especial, abrumado ante semejante manifestación simultánea de trilingüismo, pagó con prisas y abandonó el local frotándose la frente para ocultarse. Ya en la calle, don Eduardo, Doctor en Biología, pensó mientras una mezcla de diversión y de disgusto le acompañaba: «¡están locos estos gallegos!».

El arcipreste de ETA

*Se a Virxe Maria vivise hoxe en
Galicia, de seguro que falaría galego.*

Manuel Espiña (sacerdote)

Diario La Voz de Galicia

Ese hombre anárquico y humilde que hace centenares de años que pasa hambre y privaciones de todo tipo y cuya ignorancia natural le lleva a la miseria mental y espiritual y cuyo desarraigo de una comunidad segura de sí misma hace de él un ser insignificante, incapaz de dominio, de creación.

Ese tipo de hombre, a menudo de un gran fuste humano, si por la fuerza numérica pudiese llegar a dominar alguna vez la demografía catalana sin antes haber superado su propia perplejidad, destruiría Cataluña.

Jodi Pujol

(Presidente de la Generalitat de Cataluña)

La inmigración, problema y esperanza de Cataluña.

Caminaba resuelta la joven moviendo con desparpajo las bien diseñadas piernas que una ceñida minifalda blanca por encima de unos pantis oscuros se encargaban de resaltar ante la alegría del mundo. Procuraba además la chica cimbrearse con donaire para que también participasen del goce quienes fueran cortos de vista, y sólo se orientaran por el bulto. Unos finos tacones la estilizaban aún mas. En cuanto al medio cuerpo superior, había desistido de abrocharse los primeros botones de la transparente blusa ante la imposibilidad de tenerlos sujetos más allá de cien metros de andadura. Con sus carnosos labios rojos, su deliciosa naricita y sus ojazos negros aún más resaltados por el arte del lápiz, la muchacha no tenía desperdicio.

Al cruzarse con ella, los hombres ensalzaban la naturaleza y daban gracias a Dios, mientras que las mujeres mascullaban algo ininteligible. La acera se quedaba estrecha. Se pudo oír algún frenazo. Pero la bella continuaba impassible arrasándolo todo a su paso. Camuflado en unos pantalones grises, una camisa insulsa y un jersey marrón de cuello redondo, avanzaba en sentido inverso un sacerdote cuarentón. Andaba absorto, viéndolo casi todo pero sin fijarse en nada. Súbitamente, el blanco de la falda se le clavó en el cogote. Intentó defenderse mirando hacia abajo de la minifalda pero aun fue peor. Al levantar la vista, comprobó con horror cómo dos baterías tierra-tierra apuntaban directamente a la castidad que tantas energías le costaba mantener. No había escapatoria. Si no quería chocar con la gente que se agolpaba al retrasar el paso, debía mantener los ojos bien abiertos. Se acercaba a su ruina a pasos agigantados. Estaba atrapado. En el último momento, cuando la gloria estaba a su alcance, con un esfuerzo sobrehumano logró mirar hacia otro lado. No se dio de cabeza contra el tronco de una camelia, de milagro. De momento, se había salvado.

Mientras entraba en la sacristía aún recordaba la visión. Al abrir un enorme cajón y toparse con el blanco de la casulla, notó un sobresalto. Rezó entonces una jaculatoria.. La recia voz de unos feligreses saludando desde la puerta contribuyó a desplazar la atención. Se trataba de un encargo sencillo; rutinario, casi: unas misas en honor de no sé qué mártires. Poco a poco la iglesia se fue llenando. A la hora justa el delegado del obispo se dirigió hacia el altar, dejó el cáliz sobre el ara, hizo una genuflexión y comenzó: *En el nombre del Padre..*

Aquí se encontraba seguro. El pudor (más o menos) de los vestidos, el recogimiento del ambiente y los cánticos espirituales divinamente - nunca mejor dicho - cantados por esos paisanos suyos con gran tradición coral le ayudaban a dominar la situación. Le distrajo un tanto y le produjo cierto gesto involuntario de disgusto aquella entonación extraña del lector de la Carta de San Pablo a los Tesalonicenses. Pero eran cosas que no quedaba más remedio que aguantar.

Cuando le tocó a él leyó el Evangelio con marcado acento de la tierra para compensar la lectura anterior. Al terminar, desplegó unos papeles ya preparados sobre el atril, se recogió las anchas mangas, carraspeó ligeramente y afrontó con decisión la homilía. El tema evangélico era lo de menos. El arcipreste tenía un arte especial para darle la vuelta y sacarle punta a cualquier texto. En un santiamén pasó de la ingenua y tan humana visita de la prima de la Virgen María, a hablar de negocios y, con la destreza de un prestidigitador, le estaba ya leyendo al auditorio el último ejemplar de la revista *Herri 2000 Eliza*: «... *Yo creo, o al menos quiero creer en la Negociación y siento sobre mi cuerpo su brisa. Creo en el Adviento, creo en la Negociación y me comprometo a que la brisa de la Negociación llegue más allá de Euskalherria...*».

Era un artista. Sin saber nadie cómo, con las anchas mangas - y arremangadas a la vista de todo el mundo, estaba haciendo magia armonizando lo que nadie hasta ese momento había sospechado que tuviera alguna relación. Lo mismo convertía un palo en un clavel que encantaba a la gente al mostrar la *hilación entre ciertas muertes y la violencia cultural y lingüística ejercida contra el euskera; la violencia política por el no reconocimiento de la autodeterminación; la violencia social provocada por la intoxicación informativa; violencia socio-económica, violencia de la seguridad, violencia ecológica...* A todos les iba pareciendo cada vez más claro que las actuaciones de cierto grupo, con sus *dolorosas consecuencias*, eran un mero síntoma de la falta de paz en nuestro pueblo.

Conforme iba avanzando el sermón, el sacerdote estaba cada vez más encendido. ¡Hubo un momento en que, al recordar el encargo de la sacristía para con los mártires, llegó a quebrársele la voz.. Los parroquianos estaban sobrecogidos. Tenían enfrente a un arcipreste que, a diferencia de otros, no escribía coplas lujuriosas ni andaba detrás de las dueñas chicas, que en la cama son solaz, *porque chica es la calandria y chico el ruiseñor, pero es más dulce su canto que el de otra ave mayor*. Un arcipreste que, antes de perseguir alguna dueña doña Endrina para procurarse consolación que le ayudara a soportar mejor la dureza de su estado, prefería, la disciplina y los tratos con la sangre. Eso sí, a poder ser, sangre ajena más que propia. Sangre de inocentes de inocencia cierta, y no presunta como de la que tanto alardeaba el obispo a quien suplía.

Claro que al otro lado de la frontera - pensó alguno - los arciprestes tenían que ser, forzosamente diferentes a éste. ¿Cómo, si no, iban a poder representar a un obispo como el de Evreux, famoso por su lucha a favor del uso del preservativo, su postura contra el celibato obligatorio de los sacerdotes o su llamamiento a la tolerancia de la homosexualidad? Es cierto que el obispo Jacques Guillot, como buen *progre*, metía en el mismo saco cualquier cosa con tal de que fuera contraria al pensamiento de la mayoría o al orden establecido - así, lo mismo se encerraba durante unas horas con un grupo de okupas en una casa abandonada que decía que los bretones encarcelados por albergar a terroristas «*son el honor de nuestro país y se han convertido en el símbolo de las libertades y de los Derechos humanos*» -. Pero los franceses siempre habían sido más libertarios, y había que reconocer que en algunas cosas el obispo de la BrETagne llevaba razón. ¡Y tampoco se puede ser perfecto, qué caramba!

De pronto, durante unos instantes se le aparecieron al sacerdote la boca roja y los ojazos negros de la muchacha mirándole insolentemente. Comenzó a balbucear. Se le cruzó por un momento la blusa de la muchacha. Estuvo a punto de citar como ejemplo de violencia la presión de los dos pechos - con sus correspondientes pezones - sobre unos ridículos botoncitos que no podían resistir más. Pero realizó un esfuerzo añadido, sobrenatural, de concentración y logró eludirla.

Fue entonces cuando pudo ver a los feligreses tal como eran. Al lado de unos pobres (pocos) maketos se encontraban muchos seres hermosos y fornidos, de los que salía una luz deslumbrante. Se fijó en que una de las características que los distinguía de los demás asistentes al culto era un huesecillo de más que pudo apreciar claramente en cada uno de sus cráneos, el cual tenía, además, un perfil mucho más recto. Todo en ellos era sublime: hasta la inmensa nariz de algunos que, lejos

de parecer descomunal, le confería al rostro una impresión rotunda de nobleza. Con pasmosa penetrabilidad observó, primero, la vigorosa musculatura y, traspasada la piel, llegó hasta las vísceras. Como un *superman* de sotana, sus ojos se adentraron después en las mismísimas venas y llegó a distinguir una mayor presencia de RH negativo en la sangre azulada de los naturales que en la de los extraños. Estaba exultante. A los más los vio cubiertos con túnicas blancas, en clara, demostración de lo que había dicho en el siglo pasado su maestro sobre que *el vasco era casto y puro, y el maketo, un ser lujurioso y lascivo*. Descansaban encima de sus cabezas unas grandes boinas rojas sobre las que pudo leer en letras de oro hasta ocho apellidos de raza, como *Arana, Ardanza, Arzalluz, Bakero, Etxeverría, Garaikoetxea, Haramburu, Estrataetxe, Lecumberri, Odriozola...* y un largo y glorioso etcétera.

Acabó la predicación convulsionado pero procuró continuar los oficios con majestuosa parsimonia, contemplado por todos aquellos maravillosos seres. El contraste entre el brillo que desprendían los euskaldunes y la negritud vulgar de los (pocos) *maketos* que se encontraban en la iglesia era tan fuerte que en varios momentos tuvo que violentarse para no bajar los tres peldaños que separaban el presbiterio de los bancos y, preso de santa ira, abalanzarse sobre ellos a correazos.

Terminada la ceremonia, recogió los bártulos y, tal como vino, se fue, Solo, porque hacía mucho tiempo que el descreimiento se había adueñado de la gente y era muy difícil encontrar a alguien que quisiera hacer de monaguillo.

Turbado aún por la emoción, en la sacristía empezó a desprenderse de las ropas sagradas. Oyó un pequeño ruido. Al poco rato, un siseo. Se giró. De repente, por detrás de unos enormes candelabros situados entre el hueco que formaba un gran armario y una no menos descomunal cómoda aparecieron dos esbeltos jóvenes, totalmente vestidos de blanco y calzados con unos fantásticos mocasines que seguramente les permitían desarrollar magníficas velocidades a la carrera. De la espalda sobresalían, majestuosas y bellas, dos grandes alas. Aquellos hermosos jóvenes se le quedaron mirando con ojos entre suplicantes y exigentes. El arcipreste no necesitó demasiadas explicaciones. Eran dos arcángeles (con pistola Parabellum en lugar de espada de fuego; los tiempos mandan) y, como tales, se puso a la total disposición de los guerreros del Señor.

Comprobó que traían las manos manchadas de sangre. Roja, obviamente, aunque en otras ocasiones se la había visto también azulada. Desde luego, lo que de ninguna manera podía ser es que fuera propia. Lo primero que hizo fue lavarles, reverencialmente, las manos. Después les procuró ropa y accesorios con los que pudieran disimular sus atributos, ya que la posibilidad de que fueran identificados por los no creyentes de la divina causa saltaba a la vista. Más tarde, los introdujo en una habitación cuya entrada tenía el santo arcipreste muy bien disimulada detrás de una estantería móvil repleta de libros piadosos. Para completar el hospedaje bíblico, trajo comida, bendijo los alimentos y les acompañó extasiado en el ágape.

Estaba embelesado viéndoles reponer fuerzas cuando sintió el estridente ulular de unas sirenas. Dio un respingo y los ojos le voltearon en las órbitas. Pareció volver en sí. Tranquilizó a los ilustres huéspedes, les pidió disculpas y salió con cuidado de la estancia. Fuera había un ajeteo inusitado aunque ya conocido de otras veces. Los policías pasaban a toda prisa. Había muchos perros adiestrados. Pudo ver controles en la bocana de algunas calles y cómo paraban a vehículos o a ciertos transeúntes se les pedía la identificación. Juntó las manos y miró con devoción al cielo. Saludó con apresurada sonrisa a un par de parroquianos y volvió a ocultarse en la opacidad de la casa rectoral. Los valientes jóvenes le aguardaban nerviosos. El les serenó y les garantizó que allí podrían estar tranquilos hasta que al cabo de unos días pudieran hallarse completamente a salvo.

Semanas más tarde, encerrado en otro tipo de lobrete, el representante del obispo hojeaba cansinamente algún periódico. Sólo le interesaban ciertas páginas (se saltaba habitualmente las

secciones de Internacional, Economía o Espectáculos) pero, como ahora disponía de bastante tiempo libre que matar, se paraba un poco en todas partes. De repente, el arcipreste de Irún se levantó del banco. Una mezcla de rabia y abatimiento le asaltó. Cierta diario madrileño había titulado el editorial del día: *El arcipreste de ETA*.

Formación del espíritu nacional

No sé mucho de dioses, pero acaso de haber nacido a orillas de otro río, de un viejo y pardo dios, padre de pueblos, en Besarés, junto al sagrado Ganges, o en las marismas del Guadalquivir, lo tomarías todo con más karma.

Jon Juaristi

El linaje de Aitor (La invención de la tradición vasca)

La llamada formación del espíritu nacional ha tratado de hacerse las más de las veces sobre a base de la búsqueda en el pasado de sigilos o hechos que permitieran retrotraer lo más posible la aparición de un sentimiento nacional, o incluso de una entidad nacional ya constituida, aunque fuese de modo embrionario en tiempos remotos. Ahora bien, ocurre que en todos los nacionalismos estos signos y hechos, por lo general, son interpretados de forma sesgada, cuando no son deliberadamente tergiversados o cuando no son pura y simplemente inventados o creados de la nada.

Carlos Martínez Shaw

Diario El País

Los alumnos entraban cansinamente. Con parsimonia insolente dejaban caer el fardo de libros, libretas y utensilios de escritura sobre la vieja mesa, golpeándola. Algunos, más que sentarse, se desparramaban en los desvencijados asientos. Otros permanecieron de pie intercambiando frases del más alto nivel sociolingüístico: «¡Jo, tío! Es que... o sea...» «Bueno, *eu creo... ou sexa, que...*» Varios de ellos se quedaron en el pasillo del anticuado Instituto cuya construcción databa del siglo pasado y había tenido un cierto peso en la formación de los burguesotes locales, sin muestra alguna de interés por entrar. Y eso que la asignatura no era en absoluto un hueso; se trataba, más bien, de una piedra: una rueda de molino.

Todos la tenían por una *maria* y, aunque era conocida por *Política*, ese no era su verdadero nombre, no. El auténtico, oficial y sacrosanto título era *Formación del Espíritu Nacional*, y había sido implantada en los currículos de la enseñanza obligatoria por las aviesas mentes del Palacio de San Cayetano para que se pudieran aprender máximas de tanta envidia como que *A nosa doutrina son os feitos* o, a otro nivel pero con mensaje muy sutil, *Un compañeiro debe ser un firmán. Primeiro, porque que vive contigo; segundo, porque pensa como a ti.*

Tampoco es que fuera muy difícil aprenderse los principios que se pretendían inculcar en la asignatura ni captar el ideario que subyacía en todos ellos. ¿Podía alguien tener problemas en entender aquello de que *Pola nación hacia o desenvolvemento*? En absoluto. Los padres de la patria habían elegido unos principios escuetos y pegadizos - *De cada Estado unha nación, a cada nación un Estado* - que se encaminaban directos a las vísceras sin pararse a perder el tiempo en los recovecos del cerebro. Y si para tragarse algunas ideas fundamentales se hacía más necesario de lo razonable echar mano de la fe, se acudía entonces a las didácticas tiras cómicas del humorista Xaquín Marín, que aparecían incrustadas de vez en cuando en el manual, como apuntalando el texto. Por ejemplo, si a algún alumno le entraban dudas respecto a que los Reyes Católicos fueran los únicos causantes del arrinconamiento de la lengua vernácula, miraba la pequeña historieta gráfica de Xaquín Marín y volvía a creer. Constaba tan sólo de dos viñetas, pero ¡vaya par de viñetas! En la primera se veía a un importante señor diciéndole a los vasallos que no se preocuparan por su lengua, que pondrían a mucha gente enseñándola; en la segunda ya no había palabras, únicamente súbditos ahorcados de los árboles y con la lengua fuera, enseñándola.

El efecto era contundente. Y más si pensamos en que el libro estaba destinado a chicos de octavo de EGB. A veces el mensaje del humorista era más críptico (el humor es una cosa muy seria) y dejaba a los muchachos de séptimo de EGB bastante pensativos, como en aquella historieta en que un niño regordete y arregladito saluda con un «¡boas tardes!» y le contesta un niño aldeano: «¡buenas tardes!» «¿E logo por que lle respostas en castelán?», le pregunta un amiguito. «¡Non se merece outra cousa!», le respondió. ¡Ahí queda eso! En este caso se ve que la tira cómica no estaba hecha

para ayudar en la comprensión de ningún texto sino para plantear alguna cuestión filosófica de envergadura, que se desarrollaría más tarde.

- ¡Hostia! *Yastai* el profe.

Guardándole las espaldas entraron los rezagados de mala gana con el profesor, quien, una vez dentro, extendió el brazo hacia arriba en señal de saludo. Era alto y vestía caro, aunque de estilo informal. Sobre el labio superior no lucía un bigotito doble, con sus límites perfectamente recortados, ni llevaba el pelo repeinado hacia atrás y engominado, sino que la hirsuta barba y el rizado cabello cano le concedían a su altiva cabeza la prestancia de un patricio romano. Se hizo un silencio sepulcral pues, aunque la asignatura fuera una maría para los alumnos, éstos sabían que el profesor se la tomaba muy en serio, como correspondía a los contenidos de la misma. Se dirigió con gesto firme a su puesto, colocó con cuidado sobre la silla la capa y el sombrero, se subió a la carcomida tarima y escribió siempre lo hacía en la parte superior derecha del encerado la consigna del día: «*¡Pobres de aqueles que antepoñen os seus intereses personais en detrimento dos dereitos verdadeiros do pobo celta!*». Cada frase debía quedar escrita hasta la clase de Política siguiente - ¡jay de quien se atreviera a borrarla! - para que diera tiempo, primero, a que se entendiera (lo que no resultaba siempre del todo fácil) y, segundo, a que se fuera grabando poco a poco, como sin querer pero de manera indeleble, en las tiernas mentes infantiles.

Empezaba la clase. El profesor comenzó justificando que para el día de hoy tenía programada la lectura y comentario de uno de los muchos textos históricos que *La Voz de Galicia* había estado publicando durante varios años de la década de los ochenta en el suplemento *Galicia* de los sábados, bajo el título de *Mitología*, pero que el periódico se había hecho el remolón y no le había facilitado ninguna de aquellas historias que tan bien explicaban los orígenes de La nación gallega. Mucho microfilm y mucho CD-Rom para archivarlo todo pero cuando ha hecho falta recuperar un texto no han sido capaces de servirlo en dos meses. Era una lástima porque se trataba de unos relatos preciosos y muy enorgullecidos, por otra parte debidamente contrastados en su autenticidad, como acostumbran a hacer siempre los periodistas según todo el mundo sabe. Él sospechaba si el diario le habría negado el acceso a tan interesantes textos porque en apariencia, sólo en apariencia, resultaban más fantásticos que **El señor de los anillos o La historia interminable**.

- ¿No será que, con la distancia de los años, se avergüenzan un poco de lo que publicaron?

- ¡*Qué dis, home! Os textos son moi bos, como enseguida comprobaredes. ¿De que se teñen que avergoñar se hai xente que non só crémolo senon que lle estamos profundamente agradecidos a A. Pereyra pola sua labor investigadora e terapéutica?*

Pero los alumnos no tenían de qué preocuparse porque ¡para algo estaban las hemerotecas! Aunque él ya había conseguido agenciarse de otros documentos - no era, en realidad, muy difícil; había muchos que explicaban, por ejemplo, los orígenes exclusivamente celtas de la población gallega, o el origen gallego de Cristóbal Colón - que resultaban tan interesantes y auténticos, o más, que los de *La Voz de Galicia*, se le había metido en la cabeza traerles alguna de esas muestras de la mitología gallega... ¡y aquí la tenía! En concreto, la joya estaba fechada el sábado 26 de septiembre de 1987.

Y, sin otra dilación, se puso a leer con la pretensión de que aprendieran disfrutando:

Los hijos de Crun. En sus páginas iniciales cuenta «*La Odisea*», esa gran obra atribuida al genio inmortal del ciego Melesigenes (?), que, mucho antes de que existieran los mitos griegos, ya en los confines atlánticos de Europa eran reverenciados como dioses Zeus y Poseidón, Atenea y Atlas.

¿Son estos nombres aqueos reflejo fiel de los nombres autóctonos y originales? Evidentemente, no del todo.

Expectación general.

En realidad, el orgullo nacional de cada pueblo, más que la normal diacronía, produjo cambios. Un ejemplo palpable lo tenemos en los mismos romanos: con su peculiar «independencia» colocaron nuevos nombres a las divinidades heredadas de sus antepasados. El propio Cronos pasó, en Roma, a ser llamado Saturno.

Interesaba mucho que la tesis a defender tuviera unos principios lo más pseudocientíficos posible, ya que las conclusiones y corolarios que se pretendían deducir iban a ser de garabático.

Pero - continuó leyendo - *al comparar las mitologías de los diversos pueblos, siguiendo las directrices del genial Dumézil (son siempre muy útiles los argumentos de autoridad), se puede comprobar que provienen esencialmente de un punto único, generatriz de todas ellas.*

Así, al cotejar también los diferentes nombres en una serie de dioses, afines por sus atributos, podremos descubrir al más antiguo:

a) Saturno - Cronos - Cron - Crun (el siguiente nombre tenía que ser, forzosamente, (La) Coruña, según demuestra en un artículo posterior).

b) Júpiter - Zeus - Thor - Téos - Tuis (¡ay, Tuy, qué cerquita estás!).

c) Plutón -Hade - Nix - Nem.

d) Neptuno - Poseidón - Tir-Lir.

Se llega, pues, a la «familia» original: Crun y sus hijos Tuis (pero ¿Júpiter -Tuis no era el padre de los demás dioses?), Nem y Lir.

Nos acercamos a uno de los momentos clave del relato. El iluminado siguió:

...Familia atlántica, sin lugar a dudas, según nos indican todas las tradiciones míticas, en contra de lo que aún hoy en día, pese a los enormes avances realizados en lo que atañe a la prehistoria gallega y a las veraces demostraciones (incluidas las realizadas por medio del C- 14) del pasado remotísimo de nuestra tierra, este «chan» riquísimo en historia.

Empezaba a quebrársele la voz. Metido de lleno en materia, el ilustrado Pereyra había continuado escribiendo:

¿Existen pruebas reales de tan remotos acontecimientos?

Nos quedan viejos escritos, que demuestran la innegable veracidad de la plural tradición mitológica; un abigarrado número de increíbles (a mí ya me lo estaba pareciendo pero...) topónimos autóctonos, señal inequívoca de apelativos universales; e inscripciones pétreas, compuestas por insculturas, símbolos ancestrales, geoglifos y petroglifos, que reflejan la recia personalidad (¡ahí, ahí!) de unos seres heroicos y antiquísimos, ejemplo añejo para todos aquellos pueblos y, por ello, deificados con el decorrer de los tiempos.

A estas alturas, al ilustre profesor le costaba seguir leyendo, por la emoción. Consumado actor, había disminuido el volumen de su voz y conseguido, con eso, que toda la clase estuviera con el corazón en un puño y la respiración contenida. Pronunciaba ahora cada palabra lentamente, con enorme sentimiento.

Allá a donde llegó la estela de su civilizadora influencia, su recuerdo permanece imborrable. Y quizá en los albores de nuestra prehistoria esa misma influencia llegó a ser más decisiva de lo que ahora podamos imaginar, aún sabiendo ya que lugares tan distantes entre sí como la India y Colombia (el imperio siempre tira mucho) mantienen actualizado el recuerdo etnográfico de aquellos «dioses blancos», conquistadores, científicos y pontífices.

Nuestro hombre, que pertenecía a un fuerte movimiento nacional, tuvo que detenerse unos instantes para tomar resuello. Consciente del sublime momento que estaban viviendo sus alumnos, repartió una soberbia *ollada* sobre todos ellos. El silencio era absoluto. Dueño por entero de la situación, heredero de la seguridad que debieron irradiar nuestros druidas ancestrales, prosiguió:

Esta Galicia insospechada fue, en remotas eras, epicentro de hechos gloriosos con difusión panspérmica...

- ¿Y eso qué es?

Impasible el ademán, continuó: *Porque, si de Crun pervive el documento milenar de nuestros topónimos, no son menos esclarecedores y vigentes los que nos recuerdan a Tuis (Tuje, Tuille. Tuimil, Tuiriz, Turces, Touro, Touriñán, Toural, Touriño, Tourís, Tor, Torás, Torelo)...*

- ? Y no procederán la mitad de estos topónimos de *touro*, animal tan representativo en toda España (con perdón)? En cambio ¡sigue sin nombrarse a Tuy!

... a Nem (Nemancos, Neme, Nemina, Nemeño, Nemenzo) - supongo que también Nemesio - y a Lir (Lira, Lires)...

El articulista terminaba con la amenaza de narrar en próximos artículos algunas hazañas y hechos gloriosos de aquellos hijos de Crun.

Ante tamaña lista de etimología homonímica, los chavales, abochornados en su ignorancia, profesaron una admiración profunda por tanto y tan documentado saber. El patricio guardó la copia del artículo con expresión solemne. Holgaban los comentarios. Los alumnos, hondamente impresionados, tuvieron que cambiar de clase. Había que reconocer que al profe ésta le había salido redonda.

Aquella noche, en el silencio anterior al sueño, los muchachos se sentían felices, como flotando.

Poco antes de caer rendidos, algunos pensaron que, desde luego, «*ser de Folgoso do Courel era una de las pocas cosas importantes que se podía ser en esta vida*».

Galeusca

Si llegara el día en que una oscura pesadilla se abatiera sobre Cataluña, y los niños nacidos en Cuenca, en Trujillo, en Gijón o en Jerez de la Frontera, pero residentes en Olot, en Hospitalet, en Balaguer o en Tortosa, fueran considerados realmente extranjeros, si ese día aciago viese la luz, el firmante de este artículo, catalán de tantas generaciones que le sería difícil averiguar su número, se plantaría en la Plaza de San Jaime y declararía solemnemente, aunque con el corazón roto: «Jo soc un extranger».

Aleix Vidal-Quadras i Roca

Diario ABC

... sepan que nosotros sí creemos en el castellano como lengua común; nos gusta compartir una lengua con el resto de los españoles. Lo consideramos enriquecedor, estimulante y positivo. No nos molesta en absoluto. Es más, nos hace felices.

Aleix Vidal-Quadras i Roca

Parlamento de Cataluña

Aunque era el primer congreso científico al que asistía, y estaba realmente nervioso, Xurxo Iglesias esperaba el día del viaje a Barcelona con ilusión. Hacia algunos años que había finalizado la carrera de Geología en la Universidad de Santiago e iba a presentar una comunicación sobre sedimentación del Cuaternario, que era parte de su tesis doctoral.

Sin embargo, había un asunto que le preocupaba. Desde hacía unos ocho años Xurxo sólo hablaba en gallego. Era un compromiso que había adquirido ya en el primer año de carrera, junto con otros compañeros muy concienciados *polos dereitos da nosa lingua*. Al principio le había costado bastante, sobre todo en su casa, donde siempre se había hablado en castellano. Sus padres acabaron por comprenderle ya que, al fin y al cabo, como decía Xurxo, ¿no era lo más lógico que en Galicia se hablara la lengua propia, que era el gallego? A ellos les pillaba un poco tarde pero comprendían que, tal como iban las cosas, manejarse bien en este código siempre sería una ventaja para su hijo. Y ¡caramba! tampoco le quedaba nada mal, pues lo hablaba con una vocalización claramente diferenciada de la que se oía a la gente criada en la aldea. De esta manera, el gallego ya parecía otra cosa.

Pero Xurxo no lo acababa de ver claro. En la Universidad había redactado todos sus trabajos y contestado a los exámenes en gallego, lo mismo que la tesis doctoral, ya casi finalizada. En un principio había sido necesaria cierta dosis de heroísmo ya que muchos profesores fruncían el ceño al tener que cambiar de código habitual de comunicación y algunos de ellos ni siquiera eran gallegos. Pero ahora, gracias a la Ley de Reforma Universitaria que favorecía como debía ser al candidato de la casa, y a las ayudas económicas y de publicación que recibían los estudiantes que se animaran a escribir su memoria o la tesis doctoral en gallego, la verdad es que las cosas resultaban mucho más fáciles. En estos momentos, salvo casos raros como el de aquel profesor que había puesto una cara un poco extraña al ver que el trabajo de prácticas de *Xeomorfoloxía* lo había presentado en este idioma, en general el ambiente lingüístico de la Universidad era favorable a la recuperación de la lengua propia.

Pero en las circulares que habían enviado los organizadores del *Congreso Ibérico del Cuaternario* lo ponía bien claro: idioma oficial, español. ¡Y eso que tendría lugar en Cataluña! En fin, no había mas remedio que pasar por el aro, y ya tenía listo el manuscrito en castellano.

Al llegar al aeropuerto de Barcelona se quedó maravillado: todos los letreros informativos estaban en catalán y en inglés, aunque en algunos también figuraba el español (lo que era muy comprensible, pensó Xurxo, pues no todo el mundo tiene por qué conocer el catalán o, tan siquiera, el inglés). ¡A ver si se daban una vuelta por el país catalán los políticos gallegos para que viesan de

verdad lo que era recuperar una lengua! En el hotel intentó entender a la chica de la recepción pero ella se dio cuenta en seguida de su dificultad para comprenderla y cambió de registro idiomático para hacer posible el trato y el contrato.

Aunque Xurxo vestía habitualmente ropa informal - vaqueros y jersey - sus padres le habían convencido de que en el congreso llevase una chaqueta. Sin embargo, se negó en redondo a comprarse una corbata.. La chaqueta no le quedaba mal; le daba un aspecto de investigador despistado que no le desagradaba. Había elegido, además, un color que facilitara el contraste de la insignia del partido en la solapa, donde la estrella roja destacaba sobre el fondo azul celeste y blanco de la bandera de su nación.

El primer día lo pasó bastante mal ya que, a los nervios de tener que presentar su trabajo al día siguiente, se unía la sensación de sentirse un poco desplazado. No conocía personalmente a ninguno de los asistentes al congreso, aunque le sonaba el nombre de algunos por haberlos visto citados en trabajos científicos. En los primeros descansos intentó entablar conversación con algún grupo pero no pasó de algunas frases inconexas en relación con las ponencias anteriores. Le faltaba práctica para expresarse en algo que no fuera el gallego. ¡Si al menos hubiera sido en inglés...! Y, aparte de la rabia que le daba tener que hacerle concesiones al español, a las primeras de cambio, en cuanto hubo abierto la boca, una estúpida le había soltado: «huy, tú eres gallego». Con que cuanto menos hablara, mejor.

Las ponencias de eminentes geólogos y las comunicaciones de incipientes investigadores se iban sucediendo según la cadencia prevista en el programa. Sólo en la mesa redonda de la tarde se desquició un tanto el horario debido a que cada uno de los invitados le había ido robando tiempo al que tenía que intervenir después. Dada la variedad de puntos de vista expuestos y la categoría de quienes los exponían, en el turno de preguntas hubo muchas y para todos ellos, por lo que el moderador se las vio y se las deseó para mantener la sesión dentro de los límites de la cordura y del aprovechamiento (ya que del tiempo era del todo imposible) por lo que, veterano en esas lides, procuró en todo momento hallar fórmulas de consenso que permitieran el desbloqueo de situaciones difíciles o de incompreensión y garantizaran el entendimiento entre todos.

Por supuesto, a Xurxo le interesaba el tema del congreso pero, además, tenía un especial interés en ver *prima facie* cómo funcionaba el asunto del idioma en su admirada Cataluña. Además de la *Xeoloxía* pero, incluso, en mayor grado - sentía otra pasión: la recuperación de su lengua materna (su madre siempre había hablado, con él y con todos, en castellano pero Xurxo tenía bien claro que su lengua materna era el gallego), por lo que procuraba estar bien informado al respecto y siempre estaba metido en todos los fregados de tipo sociolingüísticos. De ahí que las últimas noticias que conocía por la prensa, sobre todo referentes a la inmersión lingüística en los colegios, le llenaban de esperanza. Pero quería hablar con personas que, como él, estuviesen concienciadas del problema.

Por la noche se quedó en el hotel repasando sus notas para la presentación del día siguiente. Trataba de concentrarse, pero una y otra vez le venía la misma idea a la cabeza: ¿por qué en español? Buscaba desesperadamente una fórmula que permitiera armonizar sus ansias de asertividad nacionalista con lo que consideraba una imposición restrictiva claramente fascista. Hasta que, de repente, tuvo una inspiración: comenzaría con algunas frases en gallego, pediría de repente excusas y seguida después en castellano. Así quedaría claro cual era su lengua propia. Ya más tranquilo, siguió ordenando las transparencias y ensayando mentalmente lo que diría al día siguiente. Luego procuró dormir.

Su exposición era por la mañana, después del intermedio para el café. Estaba más tranquilo de lo que hubiera esperado y, cuando el moderador anunció su nombre y el título de su trabajo, avanzó sin titubeos hacia el estrado.

- *O tema do que vou falar xa foi tratado onte nunha ponencia. Nembargantes, a miña aportación neste Congreso vai polo camino... ¡Perdón, non me decatába... no me daba cuenta de que las comunicaciones tienen que ser en español!*. Y continuó desarrollando el tema de su ponencia. Algunos dibujaron una sonrisilla condescendiente. A otros les pareció una descortesía o, cuando menos, una infantilada. Pero casi todos se dieron cuenta de la jugada.. Por algo eran científicos ¡qué carajo!

Las transparencias se sucedían en la pantalla acompañando a sus explicaciones y, mucho antes de lo que él esperaba, llegó a las conclusiones del trabajo. La reacción de los asistentes ante su estudio fue positiva, y contestó con precisión a dos preguntas que le hicieron.

Al salir de la sala se acercó alguien para felicitarlo.

Enhorabuena, tu trabajo me ha gustado mucho. Deja que me presente: soy Pere Sardá, y trabajo en la Universidad Autónoma de Barcelona. Me ha llamado la atención el enfoque que has dado a tu investigación sobre la sedimentación del Cuaternario.

Pere Sardá tenía, como no podía ser menos, un fuerte acento catalán. La conversación siguió por derroteros científicos pero, casi sin darse cuenta, y a raíz del comienzo de la intervención de Xurxo, acabaron hablando de la lengua. Pere estaba indignado porque los organizadores, en contra de su opinión, no habían querido poner traducción simultánea, ¡Era una auténtica vergüenza que en pleno Barcelona y en un congreso en el que, sí, habían acudido algunos profesores de origen norteamericano, francés, alemán, finlandés, italiano y hasta japonés (están en todas partes), pero donde la mitad de los asistentes eran ciudadanos de Cataluña, ¡tuviesen que escuchar las ponencias y comunicaciones en español!

Xurxo estaba entusiasmado.

Por la tarde, una vez finalizadas las sesiones del primer día de Congreso, salieron a pasear por las Ramblas junto con unos amigos de Pere. La cuesta abajo les fue llevando hacia la embocadura de la Plaza Real, y hacia allí se encaminaron dispuestos a enseñarle al de provincias uno de los rincones típicos barceloneses y a tomarse unas cervezas bajo los pórticos. No había manera de encontrar un sitio libre en el que cupieran todos para hablar con todos, hasta que, por fin, un camarero pudo agrupar dos mesas y propició, con ello, que fuera posible la relación.

Al principio Xurxo se sintió algo molesto porque las conversaciones eran en catalán y la verdad es que se enteraba de muy poco. Sin embargo, no se podía quejar porque cuando se dirigían a él (pocas veces, eso sí) lo hacían en castellano. Tuvo tiempo para pensar en aquella reunión de escritores gallegos, vascos y catalanes de un fin de semana de noviembre de 1989 donde, a las dificultades manifestadas por una escritora portuguesa para entender el catalán (lengua en que se estaba expresando uno de los asistentes) un literato gallego había respondido muy alterado: «*¡Non, se aquí acabaremos todos falando español!*» la verdad es que tampoco era para ponerse así. ¿Acaso no se había publicado también en lengua española la revista Galeusca, órgano de comunicación de la asociación de escritores del mismo nombre y a la que pertenecían casi todos los asistentes? Pues ¡qué mas daba! El caso era hacer posible que se entendieran. El intento de solución había venido, finalmente, de boca de Álvarez Caccamo, quien había aclarado que el miedo a utilizar el castellano en esas reuniones era un síntoma de autoodio, y que podían emplear esa lengua sin que ello significase que dejaran de ser nacionalistas. En esa reunión había habido más conflictos que el de decidir la lengua en la que deberían celebrarse las Jornadas de Galeusca, como el hecho de que los escritores asturianos en bable quisieran pertenecer a esa asociación. Mas los gallegos habían cortado en seco tal posibilidad. En esos momentos se había mostrado muy decidido Xosé Lois García, de la

Asociación de Escritores en Lingua Galega, al manifestarse en contra porque, sí no, también habría, que aceptar lenguas como el aranés o el caló.

Más tranquilo Xurxo por este recordatorio, sacó a relucir su innata habilidad, bien pergeñada en las brumas del noroeste, y nadie supo cómo pero al cabo de un tiempo todos se encontraron hablando de un tema apasionante y revolucionario: la normalización lingüística. A partir de ese momento se sintió más integrado en el grupo.

- Desde luego, ¡qué envidia me dais! En Galicia la mayoría de los colegios todavía enseñan en español, y así no se puede hacer nada. Mientras la *Xunta* no se tome la cosa en serio, Galicia seguirá *asoballada*. - Feliz, tuvo que explicar el significado de esta última palabra.

- Es cuestión de plantárselo y afrontar el problema con inteligencia. Ya ves cómo lo han hecho en Quebec - le contestaba un tal Jordi.

- Y no tiene nada que ver si el idioma beneficiado por los programas de inmersión es una lengua universal, como el francés o minoritaria (*minorizada*, le corrigieron enseguida), como el catalán. Las lenguas no se miden por el número de sus hablantes. Si no, ¡hablemos todos chino, *cullóns!* -- añadía Francesc. Y el tal Jordi asentía vehementemente con la cabeza.

- Estoy totalmente de acuerdo con vosotros - terminaba aseverando Xurxo. Rabiaba por no haberlo podido expresar en gallego, pues hubiera quedado como dios haber soltado: *estou totalmente de acordo convosco*. Un señor de la aldea no hubiera empleado nunca esta última palabra, pero ya se sabe que los aldeanos hablan muy mal el gallego.

El resto de la tarde, hasta que los amigos empezaron a dispersarse hacia sus casas, discurrió en buena medida alrededor de la necesidad que tenían en Galicia de copiar lo que se estaba haciendo en Cataluña.

- En tu tierra, Xurxo, deben saber que las lenguas son sagradas. Nosotros lo tenemos tan claro que hasta en nuestro Estatuto de Autonomía figura el respeto por el aranés y la obligación que tiene Cataluña de preservarlo y de que se enseñe en todas las escuelas del Valle de Arán, lo que ya se está haciendo.

Aquí Xurxo tragó saliva. - Tengo que escribirle unas letras a Xosé Lois García - pensó. Se sorprendió a sí mismo pensando esta frase en español, no sabía si porque él, por desgracia, había tenido como primera lengua el español o porque llevaba ya dos horas seguidas utilizando la lengua de intercambio propia del Estado Español (desde hacía unos años Xurxo nunca decía España, como si fuera lo mismo afirmar que un ciclón se abatía sobre España que sobre el Estado Español). Los catalanes aún se habían tomado algún respiro cuando hablaban entre ellos, pero él nada.

Una vez en el hotel, y a pesar de que tenía la cabeza un poco cargada por las cervezas, Xurxo se sentía bien. Se tumbó en la cama con la sensación de haber tenido un día completo. Ahora estaba más convencido que nunca de que luchaba por una causa justa. Si los catalanes habían podido casi - desterrar el español de su nación, los gallegos también podrían. Sólo era cuestión de tiempo. Había que convencer a los ciudadanos de Galicia de que su lengua materna no era otra que el gallego.

El último día del Congreso, después de la comida, Xurxo se despidió de Pere y de sus amigos no sin antes haberse intercambiado direcciones, deseos de mejora profesional y promesas de visitarse en el próximo verano. Fuera de este reducido grupo, nadie se dio cuenta, sin embargo, de que otro significativo trueque había tenido lugar. En la solapa de su chaqueta mostraba encantado Xurxo otra insignia distinta: la *senyera* de Cataluña, con un triángulo en un lado en cuyo centro había una

estrella roja. Pere Sardá, por su parte, también parecía contento: la bandera de Galicia, igualmente con una estrella roja, estaba prendida en el lado izquierdo de su chaqueta.

Ya en la acera, frente a la puerta del hotel, ambos se dieron un fuerte abrazo. Xurxo agitó la mano para llamar a un taxi. Después de decirse las últimas palabras amables y volver a hacerse promesas de todo tipo, subió al coche y, en dos minutos, desapareció de la vista al doblar un chaflán. Fue entonces cuando Pere Sardá se dio la vuelta, bajó la cabeza, subió las manos, desamó en un segundo las dos piezas de su nueva insignia, las volvió a unir para no pincharse y la guardó en el bolsillo. Con paso tranquilo, displicente, empezó a caminar.

El Celta

La historia es la proyección en el pasado del futuro que el hombre se ha elegido.

Heidegger

Mi personaje histórico favorito es Don Quijote.

Borges

La ideología nacionalista se basa, sobre todo, en la invención y difusión de una determinada historia nacional que, como ya advirtió Renan, descansa más en la mentira que en las verdades históricas.

...La interpretación nacionalista de la historia impone su ortodoxia con una generalidad que nunca había tenido, y a pesar de que sepamos tantos que es una tradición inventada.

Juan Aranzadi, Jon Juaristi y Patxo Unzueta

Auto de terminación

Bajo el cielo encapotado de una tarde serena y fresca, ideal para la práctica de un ingente esfuerzo físico, desplegados sobre una llanura verde en perfectas condiciones para el desarrollo de la contienda así como de la manifestación de las mejores técnicas individuales y de las múltiples estrategias colectivas entrenadas con rudeza y gran constancia durante buena parte del año, año tras año, únicamente con la vista puesta en el idóneo encaramiento de cada encuentro y, muy sobremanera, de gloriosos momentos como el que se avecinaba, enardecidos por los constantes gritos de ánimo, tensos ante la inminencia del choque... se apostaban frente a frente las formaciones de unos bien adiestrados hombres, dispuestos a enfrentarse en cuanto se oyera la señal.

De los más recónditos lugares habían acudido prestos a frenar la victoriosa galopada del extranjero enseñoreado por todo lo largo y ancho de la península y hasta del continente. Desde cualquier aldea habían salido hombres jóvenes y viejos, incluso mujeres y niños, haciendo uso de cuanto medio de transporte imaginar se pueda, para defender entre todos e impedir como fuese la derrota de los valores que unos y otros parecían encarnar.

En la tranquilidad y el recogimiento de un lugar idílico, buscando la concentración imprescindible anterior al choque, el enemigo había velado armas a pocos kilómetros de allí.

Puesto que en aquellos momentos resultaba importante hacerse ver tanto por el amigo como por el enemigo - ya que mientras a uno le insuflaba la fuerza de sentirse acompañado, contribuía a infundirle al otro temor en su corazón por la proximidad de lo que parecía un gran número de adversarios era por lo que en todo cuanto abarcara la vista enrededor dominaba con claridad el color blanco y el azul celeste - representativo, el primero, de los imperiales y, ambos, (pero más el segundo) de los locales -, colores que se encontraban no sólo en la vestimenta y otras prendas que se agitaban vivamente con la mano para animarse y amedrentar al contrario sino, por supuesto, en cuantas banderas y banderines allí había, y hasta embadurnando la faz de muchos seguidores, bastantes de los cuales lucían sobre sus cabezas un casco del que sobresalían dos tremendos cuernos, todo él pintarrajeado igualmente de albi azul.

En medio de toda la parafernalia y del ensordecedor griterío general, poco antes del comienzo de la disputa pudo guardarse un momento de silencio. Rígido, terrible silencio que se extendió entre los muchos miles de presentes como una fúnebre sombra de cruel presagio que no permitió el relajo sino que, muy al contrario, contribuyó a estimular aún más el ímpetu de quienes estaban al acecho y que, una vez rasgados los aires por cierto estridente silbo, favoreció la liberación de todos los truenos y de cuanta pasión y estruendo estaban agazapados en las gargantas, manos y objetos de los concurrentes.

Arrojados por los propios y con la moral muy alta por afrontar el choque en su propia casa, conscientes del sublime instante que acababa de dar comienzo, los célticos dieron rienda suelta a los belicosos caballos de la furia y se lanzaron con determinación y rabia hacia el odiado invasor que, aturdido ante semejante demostración de fiereza y coraje de los nativos, debió replegarse y, arrinconado en su terreno, defender a capa y espada sus posiciones y, sobre todo, la puerta del real.

Nadie podría negar que los contendientes no se aplicaban encorajinadamente, con saña, en cada disputa cuerpo a cuerpo. El espectáculo era grandioso y estremecedor. De vez en cuando se podía percibir con nitidez cómo, en medio de la multitud, bravos luchadores caían, por uno u otro bando, malheridos y con el gesto desencajado por el dolor. Era posible entonces observar la rapidez con que actuaban las asistencias procediendo a un rápido diagnóstico y buscando con frenesí una inmediata curación con los medios mas naturales al alcance que permitieran al bravo guerrero la inmediata, reincorporación al campo de combate.

A la espera de que su ayuda fuera necesaria, otros hombres de refresco se apostaban en uno de los flancos rodeando al venerable caballero que con fuertes voces y enérgicos gestos, evidentes algunos de ellos para los propios pero enigmáticos para los contrarios, dirigía desde allí a sus huestes dando continuas órdenes que permitieran ora corregir peligrosas descolocaciones, ora desplazar al contrario hacia posiciones de fragilidad con inteligentes movimientos de distracción, o avisar de los puntos débiles por los que mejor destrozar la contención del centro de la formación y perforar las líneas defensivas del rival.

En ambas alineaciones había dispuestos aguerridos capitanes que interpretaban cada mandato del gran jefe con presteza y sagacidad. A la vista de que el ataque frontal no acababa de producir los beneficios esperados, los locales dejaban en esos momentos de insistir por el centro del campo y empezaban a abrirse con rapidez por las bandas, adonde les obligaba a dirigirse el director del ataque mediante precisos e inteligentes desplazamientos. A resultas de ello el enemigo se vio envuelto en un tremendo desbarajuste del que tardó bastante tiempo en reaccionar. Pero se trataba de una escuadra aguerrida y bien preparada. La veteranía y calidad de sus hombres, curtidos en mil batallas por los terrenos más difíciles de toda Europa, conocedores de su poderío y engrandecidos por los triunfos históricos que aureolaban su nombre y prestigiaban el uniforme que vestían, supieron aguantar, primero, la terrible salida en tromba de los nativos, sobreponerse después al posterior cambio de estrategia y, poco a poco, empezaban a sacudirse el yugo de la furia local y a dar réplica a quienes habían creído que los podrían doblegar a base fundamentalmente de coraje, fuerza y voluntad.

Fue precisamente esa alocada avalancha la que permitió que, en el momento en que más encima se encontraban los célticos, el desgraciado resbalón de uno de sus mas carismáticos caballeros motivara que los mejores hombres extranjeros iniciaran por la banda un rápido contraataque. Al encontrarse con la retaguardia local completamente desguarnecida, un audaz desplazamiento entre las líneas que de ningún modo hubieran podido atajar los celestes hizo posible que la hasta ese momento solitaria pero una de las mejores puntas de lanza del continente entrara con decisión en el área contraria y destrozara con habilidad y nervio el último valladar que, con gran valentía pero totalmente vendido, se interpuso en su camino.

¡Horror! ¡Acababa de suceder lo que de ninguna manera tenía que haber ocurrido! Casi todos Los presentes enmudecieron como muertos. En esos momentos se estaba perdiendo la partida. En su propio feudo. La humillación iba a ser terrible.

Uxío se puso en pie de mala gaita y comenzó a subir malhumorado al ritmo que le permitían los demás las pocas gradas que le separaban del ancho pasillo. Sentía la boca seca y la cabeza caliente. Desde que se había venido zumbando (y zumbado) de Salamanca no daba abasto a empaparse de

cuantas hermosas historias le contaban respecto a su gente. ¡Si es que ellos eran a todas luces diferentes! Gracias al romántico y contrahecho pero gran Murguía, él sabía muy bien que el celtismo era la base de las señas de identidad gallega. Y les estaría eternamente agradecido a los escritores de la Generación *Nos* por haberle mostrado cómo, aunque *África empezaba en los Pirineos*, Galicia se libraba de tan deleznable origen por ser ella céltica y no ibérica, pueblo este último de origen africano según había podido saber de sus maestros. Cuántas horas de psiquiatra se había ahorrado después de leer en Vicente Risco que los gallegos, por celtas y europeos, no tenían afinidades étnicas con los demás pueblos de la Península Ibérica, excepto con los lusitanos; en cambio sí las tenían con los bretones, irlandeses y escoceses. Bien que hacía Risco en distinguir entre la Raza (con mayúscula) céltica, rubia, europea y nórdica frente a las razas (con minúscula) morenas y euroafricanas del resto de la península. Porque Uxío era de los que creía a pies juntillas que los celtas llegados a nuestra península sólo estuvieron instalados en Galicia y que en la Galicia prerromana no había habido más que celtas. Sobre su cama tenía pegada una cartulina azul celeste en la que podía leerse: «*Galiza té, se quixéramos que non queremos características diferenciaes de raza, pois somos predomiñantemente celtas*» (Castelao).

Es cierto que medio siglo más tarde el investigador Gómez Moreno rebatía científicamente los alegatos lingüístico-racistas de los fundadores del mito céltico y que quedaba demostrado que los gallegos compartían base étnica, lingüística y cultural con, por ejemplo, castellanos y aragoneses. Manuel Jardón resumía el estado de la cuestión al escribir que «**No consta con seguridad que estuvieran aquí (en Galicia) los celtas; hay más datos - textos célticos- para afirmar su presencia en otras zonas de la Península - Guadalajara, Teruel y Zaragoza -, es decir, en la antigua Celtiberia. Por otra parte, los celtas no constituían una raza sino una etnia...**» Pero Uxío no tenía tiempo para leer chorradas que atentaran contra las bondades de unas ideas que ayudaban a mitigar el autoodio. De ahí que tampoco estuviera enterado de que el profesor Martín-Almagro Gorbea, miembro del comité científico que organizó en 1991 la gran exposición internacional de Venecia sobre los celtas, había negado que los celtas tuvieran que ser necesariamente altos y rubios, y había añadido que el mismísimo Abderramán lo era... al tiempo que árabe. Con la botella de cerveza *Estrella de Galicia* en la mano no estaba Uxío para más *arroutadas* como esa otra que se oyó en la misma reunión internacional al historiador Venceslao Kruta, según el cual «la música celta es un invento moderno». Reconocía este profesor la existencia de instrumentos celtas como el arpa, la trompeta de guerra o la gaita, pero insistía en que no podíamos saber qué tipo de música tocaban con ellos pues nadie la había oído nunca ni los celtas la habían dejado escrita, y que la que practicaban diferentes grupos modernos, a fin de cuentas, no se trataba más que de «una reconstrucción romántica de la época». Con lo bonitos y terapéuticos que resultan los distintos festivales internacionales de música celta...

Uxío era una persona estudiada y moderna, por lo que no podía admitir razones de signo racista en la fundamentación de las señas de identidad de su pueblo, aunque en el fondo le halagara enormemente. Él, cultivado y progresista, prefería basar su diferenciación en la lengua, signo externo manifiestamente válido para distinguir a unas personas de otras. La inmutabilidad física de que carecen las lenguas respecto a las razas la compensaba astutamente con su mayor capacidad retórica y sacralizadora. ¿No era sublime leer en la *Lei de Normalización Lingüística* que «*La lengua es la mayor y la más original creación colectiva de los gallegos, es la verdadera fuerza espiritual que le da unidad interna a nuestra comunidad*»? Y si alguien piensa que no es así ¡que demuestre lo contrario, si es capaz! ¡Venga!

Es posible que al abandono de los signos de diferenciación más racistas hubiera contribuido algo la lectura de un artículo de Juan José Moralejo en el que afirmaba que «*Mientras la Europa actual resulta de la convivencia y tensión de latinos, germanos y eslavos, dejando un rincón a la supervivencia de los griegos, ocurre que los celtas desde tiempos prehistóricos han sido los empujados, los sometidos, los rechazados. O los asimilados de latinos, griegos, germanos y*

esclavos...» La verdad es que no era consciente de haber leído semejante cosa contra la heroica memoria de sus ancestros, pero ya se sabe que los mecanismos de defensa del Yo son eficaces como una bomba lapa adosada a los bajos del coche de un oficial.

De hecho, él practicaba una lectura selectiva. Con el poco tiempo de que disponía tenía que ir al grano y atender a la formación en una sola línea, lo que tenía la ventaja adicional de profundizar cada vez más en las mismas ideas y de no dispersarse con ideas colaterales y hasta contradictorias. Así, en el mismo diario - *La Voz de Galicia* - en que escribía Moralejo prefería lanzarse de cabeza a la sección de *Mitología* de A. Pereyra que le descubría, aspectos tan alentadores como que los famosos torques podían ser auténticas armas que lanzaran rayos o una «representación simbólica de aquellos temibles “lanzadores de rayos? usados tan profusamente por nuestro ancestral Tuis».

Como el propio autor no lo sabía dejaba la cuestión honradamente abierta con un interrogante. Ayer mismo, sábado, sin ir más lejos, un exultante Uxío había disfrutado como un enano al leer en la misma sección que del noroeste ibérico habían surgido aquellos grandes héroes que después fueron deificados y pasaron a figurar en todas las mitologías.

Seguía teniendo la boca seca y la cabeza caliente, por lo que pidió otra *Estrella de Galicia* y se sintió satisfecho por *fer país*, tal como le había oído en alguna ocasión al honorable Pujol. Al poco tiempo de su escapada de tierras castellanas empezó a consumir preferentemente productos de la tierra porque, además de ser mucho mejores con diferencia (también los cobraban más caros, «*es que son del país*», solían decir), contribuía a desarrollar un poco más la riqueza agropecuaria y pesquera de su tierra (y de su mar). Alguna vez pensó hacer algo parecido con los productos españoles respecto a los franceses, a causa de las fechorías que les ocasionaban a nuestros camioneros, pero desistió enseguida porque la compra le iba a llevar más tiempo que preparar unas oposiciones a la Xunta y porque, al fin y al cabo, la quema de camiones o el desparrame de su contenido solían practicarlos los franceses con mercancías provenientes de Murcia o del Levante, lo cual ya no le implicaba tanto. Bueno, en realidad, no le implicaba nada.

Les contendientes volvían a enzarzarse en una lucha singular. No iba a ser fácil para los celestes. Afrontaban el segundo tramo del grandioso encuentro con desventaja y enfrente tenían nada menos que a los representantes del imperio, muy superiores en recursos - técnicos y económicos -, quienes seguramente se dedicarían a administrar su ventaja de manera expeditiva y a estar atentos a cualquier distracción del contrario que les permitiera volver a sorprender la espalda de la línea defensiva local.

A una orden del jefe los extremos de la vanguardia celta comenzaron a intercambiar sus posiciones en una maniobra de distracción que procuraba descubrir desde la nueva demarcación algún punto débil de las últimas líneas blancas o, si en el momento del cruce conseguían atraerse hacia el centro del campo a los defensores que los sujetaban, permitir que la propia retaguardia avanzara velozmente y sin obstáculos por los desguarnecidos flancos del rival.

Volvían a repetirse las circunstancias del comienzo del choque: los aborígenes (ayudados también por una pequeña dotación de mercenarios extranjeros y de refuerzos conseguidos de otras partes de la península) se lanzaban - ahora con cierta desesperación - desenfrenadamente a un ataque enérgico, pleno de casta, buscando como fuera el quebranto de los blancos; empresa que, si en un principio se adivinaba fatigosa pero posible, ahora se presentaba hartamente extenuante y ciclópea. Olvidando viejas rencillas locales que durante buena parte de la campaña les habían estado desangrando en peleas intestinas, en esta ocasión todos los hombres se habían puesto a las órdenes de un único y supremo mando y cerrado filas alrededor de su capitán, quien había prometido al gran jefe llevar a la escuadra hasta la victoria final.

De ahí que no se permitiera ninguna duda en el campo, ningún paso atrás. La presión sobre el adversario era terrible. Los hijos de la tierra seguían teniendo la iniciativa y aportaban el mayor desgaste en pos de un triunfo que se les negaba. A causa del achique de espacios que practicaban ahora, la lucha se desarrollaba en una parcela muy pequeña del campo. Era una táctica agobiante que ahogaba desde su inicio los movimientos del contrario pero, hasta cierto punto, suicida porque dejaba desguarnecida buena parte del propio territorio y a merced de cualquier galopada que, al menor descuido entre el fárrago de tantos hombres acumulados en tan poco espacio, se pudiera forjar.

Pero no quedaba más remedio. El tiempo pasaba inexorable y la vitalidad celtarra empezaba a flaquear. La pugna por el cada vez mas alejado triunfo y el tremendo desgaste que desde el comienzo de la contienda habían decidido practicar empezaban a pasar factura a sus hombres. Era en esos momentos cuando se podía apreciar lo acertado en la elección del capitán, que debía mantener el tipo y enarbolar la bandera en los momentos difíciles, cuando la llama de la lucha se apagaba.

Ante la incapacidad para igualar el encuentro por parte de quienes habían integrado la formación inicial, el jefe local dio orden de que entraran al campo nuevos hombres de refuerzo sustituyendo a algunos de los más fatigados o que no habían sabido o podido imponerse al contrario durante la mayor parte del choque. Pero, ¡ay!, eso no fue suficiente. Al contrario. A raíz de los cambios introducidos, mientras se estaban asimilando las nuevas órdenes estratégicas que acababan de traer los hombres de refresco, se produjo momentáneamente un levísimo desbarajuste en algunas posiciones célticas. Los blancos, con mucho oficio y avezados como estaban a mantener la cabeza fría en los momentos de presión y en situaciones de mayor trascendencia, se apercibieron enseguida de la situación y se lanzaron decididamente al ataque para impedir que pudieran recomponer sus filas. Así fue como, en una de las agobiantes oleadas se plantaron con superioridad numérica ante la puerta contraria y, tras hábiles maniobras de engaño, remataron a los celestes sin piedad.

Aquello era la puntilla. Cuarenta y cinco mil gargantas enmudecieron de repente. Ya no había nada que hacer; sólo aceptar la victoria, por muy humillante que ésta fuera, del enemigo y admitir su tremenda superioridad.

No mucho después todo había terminado. Sombras cabizbajas se movían en desbandada desparramándose por aquí y allá. Aunque horas más tarde aún se vivían cerca del campo algunas escaramuzas entre seguidores de uno y otro bando y se pudieron oír algunos gritos de rabia, *aturuxos* amenazantes de emplazamientos futuros, el resultado era inamovible. El Celta de Vigo acababa de perder 2-0 en su propio terreno frente al Real Madrid. Pero no importaba demasiado. El caso era que se habían batido como jabatos y que el mito celta seguía vivo.

Comunidades histriónicas

El diario El Sol, que mantuvo en la campaña electoral una posición favorable al Estatuto, señalaría posteriormente que el plebiscito fue «una obra de técnicos en el pucherazo», dudando de que pasase del diez por ciento el número total de votantes, cuando la Constitución exigía «que la acepten... por lo menos las dos terceras partes de los electores inscritos en el censo de la región». Xavier Castro, nacionalista de izquierdas, afirma en su tesis doctoral sobre el galleguismo en la Segunda República que «sabemos también por fuentes orales que para dar la impresión de nutrida y entusiasta afluencia a las urnas hubo necesidad de que un grupo de galleguistas se pusiera en fila delante de los colegios electorales, sacándose algunas fotos que luego se publicaron en la prensa». Y Avelino Pousa Antelo, entonces militante de la Mocidade Galeguista, reconoce que él mismo votó dos veces, razonando que la única forma de superar la barrera de los dos tercios del electorado era dar un santo pucherazo.

Carlos Fernández

La Guerra Civil en Galicia

Tras el triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936, se produjo una auténtica eclosión de peticiones de autonomías regionales...

En Aragón, el 2 de marzo de 1936 se iniciaron los preparativos, en una reunión de representantes de las tres provincias, para comenzar la redacción de un anteproyecto de estatuto de autonomía.

Por su parte, el 20 de mayo inició sus actividades un grupo de diputados agrarios y de la CEDA con vistas a redactar un anteproyecto de estatuto de las dos Castillas y León...

También se produjeron iniciativas... en Asturias, donde el llamado Bloque Popular... inició en Gijón el 29 de mayo una serie de acciones dirigidas a promover el estatuto de Asturias.

Los valencianos, tanto de la izquierda como sobre todo de la derecha, dieron igualmente muestras de preocupaciones autonomistas, que pretendían traducir en el correspondiente proyecto de estatuto. Y los canarios llegaron a redactar su propio proyecto para el archipiélago.

...También en Baleares se llevaron a cabo los trabajos para la elaboración del Estatuto regional. Bajo la presidencia del diputado regionalista Bartolomé Pons, durante varias semanas se reunió, en el Teatro Principal de Palma de Mallorca - a puerta abierta - una asamblea a la que asistieron representantes de todas las islas y de todos los partidos.

Andalucía fue la última de las regiones españolas que manifestó sus aspiraciones autonomistas con anterioridad a la guerra civil. El 6 de julio de 1936 se celebró en Sevilla una reunión de representantes de las ocho provincias con la finalidad de sentar las bases del estatuto de Andalucía. En esa sesión se planteó la posibilidad de incorporar las provincias de Badajoz y Murcia, e incluso se discutió el proyecto particular de Huelva de eventualmente incorporarse a la región autónoma extremeña que también por entonces se estaba proyectando.

...De todos los proyectos de estatutos regionales a que nos hemos referido, sólo dos llegaron a promulgarse: el catalán el 15 de junio de 1932; y el de Euzkadi ya en los comienzos de la guerra civil el 1 de octubre de 1936. En cierto modo como recompensa oficial de la República a las provincias Vascongadas (Vizcaya y Guipúzcoa) que a pesar del catolicismo de su población y del conservadurismo social de su burguesía se mantuvieron leales a la República.

Ramón Tamames

Historia de España. La República. La Era de Franco

Las ramitas comenzaron a arder. Al principio de manera imperceptible, produciendo pequeños estallidos bajo el bulto de hojarasca y palos. Luego, asomándose las primeras llamas por encima del montoncito buscando oxígeno y alimento. Al poco rato la chamarasca dominaba con cierta claridad y comenzaba a enseñorearse del entorno más inmediato. En un momento dado, Anxo detuvo su precipitada carrera pendiente abajo y volvió la cabeza: desde allí aún no se veía nada, a pesar de que el sol estaba en lo más alto y la luminosidad era intensísima. Sus penetrantes ojos brillaron en los profundos cuévanos y su boca muequeó una sonrisa. El calor achicharraba. A esa hora hasta los animales habían desistido de la caza y descansaban. Sólo a lo lejos, en un pinar, alguna cigarra persistía incansable en sus chichisbeos. En todo alrededor no se veía un alma. Bueno, además de la

de Anxo, se adivinaba otra como a quinientos metros más allá. Costaba verlo porque también vestía ropa de colores caquis y verdosos. El calzado era de montaña, de gruesa suela y tejido recio protegiendo hasta los tobillos. Si se le pudo ver fue gracias a que se movía también con presteza. A causa de esa agitación los quinientos metros que les separaban fueron ampliándose hasta convertirse en un par de kilómetros cuando llegó cada uno casi al borde de la carretera. Allí les esperaban sendas motocicletas que hubieran pasado desapercibidas a cualquier viajero, por ser de las habituales en cualquier pueblo o ciudad y su situación entre las zarzas; se montaron en ellas casi al unísono y desaparecieron en direcciones opuestas acompañados de un petardeo ridículo y molesto.

No veas la que se había montado en la calle. La gente corría de una parte a otra - algunos se paraban de vez en cuando a contarse no sé qué con grandes aspavientos -, con la cara descompuesta todos y gritando los más. El convento ardía por los cuatro costados lanzando destellos de angustia sobre las casas de la ciudad. El humo, negro y grisáceo como el hábito de sus frailes, ascendía con fiereza al cielo y podría habérselo visto desde varios kilómetros a la redonda si no fuese porque era noche cerrada. Completando la escenificación del drama, el Ángel de la muerte vagaba de un lado a otro mientras las campanas tocaban con fuerza a rebato. Los baldes pasaban tan frenéticamente de mano en mano que buena parte de su contenido se había vaciado antes de hacerlo sobre la pira. El alboroto era tal que sólo el destino quiso que nadie fuera atropellado cuando llegó el coche de bomberos lanzado a casi treinta kilómetros por hora, y eso que venía avisando de su llegada con el insistente tintineo de una campanilla que un hombre de casco hacía sonar de manera nerviosa.

Poco a poco las al principio tenues manchas de humo diseminadas por el bosque empezaron a engordar. En la maleza circundante tenían muy bien con qué. Las llamas comenzaban a mostrarse muy arrogantes aunque circunscritas a unas áreas limitadas y sin relación aparente de unas con otras. Ante el crecimiento de la preocupante amenaza algunos de los altivos eucaliptos se movieron con una leve excitación. La quietud abotargada de la canícula contrastaba con la trepidante actividad de las llamas buscándose sitio por la maleza del bosque entre crujientes chisporroteos. Por fin, la misma causa que motivaba el desastre - unas cuantas hogueras dispersas por el monte - permitió que alguien se apercibiera de la existencia de alguno de aquellos focos. No se sabe muy bien por qué pero siempre hay alguien que, aparte de los criminales y de los niños, no aprovecha suficientemente esas benditas horas de la hora sexta.

El recuerdo era vívido. Podía distinguir con lucidez la fisonomía y el portal de cada casa, con sus números de forma redondeada encima; la forma sinuosa y estrecha de varias calles, con el nombre de un prohombre catalán escrito en algunas esquinas; aquellos grandes muros y las altas torres apareciendo desde el fondo; los escasos árboles... Cuando hace unos años, no habiendo podido resistir más aquella obsesión, había tomado el tren y se había plantado temblando como un poseso en aquellas calles, sabía perfectamente por dónde andaba. Al comprobar que alguna zona del casco antiguo le resultaba tan familiar que casi podía reconocer cada metro cuadrado, un profundo escalofrío le recorrió las entrañas, se le ahogó un grito en la garganta y tuvo que apoyarse en la pared para no caer desplomado. Y, sin embargo, Anxo no había estado nunca antes en Barcelona.

Desde aquella primera visita sufría una mezcla de atracción y rechazo a la hora de acostarse. No ocurría siempre pero se despertaba temblando y con sudores cada vez que era consciente de que había visto algo durante la noche. Se trataba de ese tipo de vivencia clara y coherente que puedes llegar a describir perfectamente al otro día. Tan nítidas eran las sensaciones que la comprobación posterior en sucesivos viajes acabó convirtiéndose en una apasionante comedia, un juego de pistas sobre un tesoro escondido con el que siempre daba. Aquello le divertía pero le fastidiaba, en cambio, no poder verificar las escenas que se daban en aquel escenario cada vez más constatado. Porque en sueños contemplaba cómo personas vestidas a la usanza de hacía varias décadas gesticulaban violentamente o proferían gritos en catalán mientras se movían como fantasmas entre

la mezcla de humo, chispas y resplandores que unas enormes llamaradas desprendían por todas partes desde las ventanas y torres de un gran convento.

¿Por qué le ocurrían a él esas cosas? ¿Y qué era exactamente lo que le ocurría?

No se sabe si por culpa de esas visiones o porque se sintiera atraído de manera innata por el fuego, el caso es que Anxo llevaba unos cuantos años llevando a la hoguera purificadora aquellas especies arbóreas que no eran autóctonas de su tierra. Montaba unos incendios descomunales que traían en jaque a buena parte de los vecinos de la zona escogida, a todo el parque de bomberos de la localidad más próxima (siempre lejana) que lo tuviese y a los esforzados muchachos de Protección Civil que, entre todos, tardaban lo suyo en resolver el drama con rapidez. Y todo lo hacía por *ella*. Realizaba sus correrías casi siempre solo pero si la hazaña lo requería podía participar en la gesta un bravo mozo con fuerte acento vasco que, según le decían - le habían aconsejado que no se dedicara a hacer preguntas -, veraneaba por allí. Pero Anxo había aprendido tanto que si ya en mayo - o, si se terciaba, en abril *¡jou cande fora, caraallo!* - venían unos días propicios, cogía los trastos entre animadas risitas y ¡hala! se echaba solo al monte a aportar su granito de arena (más bien su caja de mixtos y los sencillos pero efectivos artilugios preparados por él mismo) en la heroica lucha por su liberación. Para salvarla a *ella* estaba dispuesto a todo, hasta a su propia destrucción, por paradójico que eso pareciera.

- ¿Aunque *ella* no quisiera ser salvada?

- Aunque *ella* no quisiera ser salvada.

Pero veía más cosas. Tantas y tan variadas que, ayudado por algunas lecturas, llegó a saber bastante sobre aquella época que algunos tachaban de turbulenta, negra como un tizón y pernicioso para España pero que a él le parecía excitante, hermosa y de las mejores del pasado. En la penumbra pudo contemplar algaradas callejeras, reuniones más o menos clandestinas, grandiosos mítines... siempre con el mismo joven como protagonista. Un día sintió que se le helaba la sangre y empezó a balbucir sonidos inconexos al toparse con cierta foto mientras hojeaba un libro de Historia de (lo que iba quedando de) España en la librería *Follas Novas* de Santiago: sin lugar a dudas, él había asistido, al menos en sueños, a la misma concentración que celebraba alborazada en la Plaza de San Jaime la proclamación, en 1934, de la «República de Cataluña dentro de la federación española». El libro casi le pareció un incunable, por lo que pagó sin rechistar lo que le pidieron, se fue corriendo a casa y empezó a leer frenético las páginas cercanas a aquella imagen. Sudando y con la respiración contenida durante buena parte del tiempo estuvo leyendo hasta bien entrada la noche acontecimientos que le resultaban familiares. Ya había visto antes reportajes sobre eso mismo en la televisión pero la impresión era ahora mayor. Se le hacían muy conocidos hechos como la aprobación en 1932 del Estatuto de Autonomía de Catalunya por parte de las Cortes Españolas o la efervescencia general previa y posterior al triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936. Parecía estar reviviendo aquellos momentos.

Esa noche no tuvo aprensión a conciliar el sueño, más bien le costó cogerlo de tantas ganas como tenía de entrar en él. Cuando al fin lo consiguió, las escenas comenzaron a presentarse como en una película, sin ningún tipo de confusión, siguiendo poco más o menos el mismo orden en que las había estado leyendo un poco antes. En todas figuraba el mismo personaje alborotador que otras veces, sólo que ahora se reconocía a sí mismo mucho más. Al despertarse sintió un fuerte dolor de cabeza únicamente mitigado por el profundo sentimiento de orgullo que sentía. Ese mismo día acudiría a los responsables de encargarle acciones para empezar una nueva ofensiva. Había que darse prisa pues dentro de poco ya no habría bosque que quemar. Y *ella* necesitaba de ese tipo de actuaciones contundentes.

- ¡Diola! ¿Aunque sea a su pesar?

- Aunque sea a su pesar. ¡Por Galicia, lo que haga falta!

Anxo no se andaba por las ramas sino a ras de maleza. Y había que comprender que no todo el mundo tenía por qué estar enterado de cosas como el que un tal W.H. Auden, poeta, hubiera dicho que «*una sociedad no es mejor que sus bosques*». Aunque es posible que tampoco lo hubiera entendido mucho. O de que Joaquín Araújo había escrito en el mejor periódico del país que las contribuciones del bosque «*casi invisibles y a largo plazo suponen un inmenso potencial de riqueza. El bosque alegre, embellece, limpia, construye y alberga más que ningún otro medio vital. Si a eso le pusiéramos precio, desde luego no podríamos pagarlo*». Pero es que el eucalipto no era una especie autóctona ¿se entera.? ¡Y ya está! En Galicia, como su mismo nombre indica, todo tiene que ser gallego. ¡Y todo por Galicia aunque sea en contra de los gallegos! Ya lo irán entendiendo. Tampoco se libraban los pinos; al menos, no todos. Aunque por estos lares siempre había habido piñas, Anxo sólo permitía los *pineiros* allí donde los hubiera habido siempre, es decir, donde él los hubiera visto siempre o donde algún paisano le dijera que los había visto desde pequeño. Si no, la foresta debía convertirse cuanto antes en un tojal, lo que siempre había sido y lo que producía espontáneamente su tierra.

- ¿Las *silvas* no servían?

- Sí, también servían las *silvas*. ¿No ves que ellas crecen de manera natural en nuestra tierra?

De las pocas frases que especialista y ayudante se habían cruzado en los varios años de valiente combustión Anxo suponía que el vasco tenía hondas raíces religiosas, aunque tampoco se atrevería a poner la mano en el fuego por él. Lo había deducido de pequeños detalles: prefería los domingos y, dentro de estos, la hora de la Misa para llevar a cabo las acciones (a veces las llamaba *ekintzas* y, al pronunciarlo, se le tensaban todos los músculos del rostro); nombraba mucho a Dios, más en vano que otra cosa pero, al fin y al cabo, era Dios; algunos de sus mejores amigos eran curas... Anxo, sin embargo, no se sentía tan religioso. Mejor dicho, tan católico, porque en algo relacionado con el más allá sí que creía. En un programa de televisión en el que acostumbraban a entrevistar a gente muy interesante había oído hablar una vez a un psiquiatra sobre personas que veían en sueños situaciones que parecían haber vivido antes, a veces hasta con una diferencia de siglos. Tenía recogidos unos cuantos casos por todo el mundo y en todos ellos se daba la coincidencia de que la persona protagonista de la vida anterior había muerto de forma violenta. El médico aseguraba que todos los seres humanos tenemos un cupo de energía que gastar a lo largo de nuestra vida, de donde infería que cuando ésta se acertaba de forma abrupta el resto de potencia vagaba hasta conseguir reencarnarse en otra persona y poder consumir así el resto de energía. Ahí podía estar el esclarecimiento, terminaba, del origen de algunas fobias inexplicables: miedo exagerado al agua, al fuego, a las armas blancas, etc., en personas a las que no les había ocurrido nada que hubiera podido motivar semejante repulsa.

Desde entonces nuestro incendiario comenzó a visitar compulsivamente librerías y (especialmente) kioscos, quedó sorprendido al comprobar que existía sobre el asunto bastante más escrito de lo que se hubiera imaginado y se preocupó, en suma, de informarse todo lo que pudo acerca de ese nuevo mundo. De esta manera *supo* que el anterior espíritu tiene preferencia por los recién nacidos, todavía indemnes y *tamquam tábula rasa*, pero que, conforme el nuevo ser adquiría nuevas experiencias, los últimos conocimientos iban taponando las vivencias anteriores. De ahí que casi nadie pudiera conocer su vida anterior. Sólo la casualidad de un olvidado resquicio o el choque de una catástrofe personal permitirían en el futuro conocer elementos del pasado.

Solamente una vez sintió Anxo como una desazón. Se trataba de uno de esos grandiosos días en que su incendio había conseguido movilizar a media *Consellería de Agricultura y Montes*, con sus helicópteros e hidroaviones, que llevaba ya tres noches impidiendo descansar a varias decenas de bomberos y a centenares de voluntarios, en que la inmensa hoguera se venía burlando de todos cambiando de dirección constantemente, cuando él, que se hallaba en primera fila *colaborando* en

las labores de extinción, oyó que alguien decía muy cerca no se qué sobre una criminal intencionalidad y que *la llama quema a quien la llama*. Desde entonces, una vez recibidas las gratificaciones acostumbradas de los suyos, prefería ver la combustión desde lejos o apostarse tranquilamente frente al televisor. Había notado antes algo parecido cuando se enteraba de inmensas combustiones en otros lugares, pero se trataba en realidad de un sentimiento más cercano al disgusto por no haber sido él el autor de la catástrofe.

La inexistencia de una esposa e hijos con los que compartir buena parte de su tiempo permitían al pirómano, ahora que tenía dos grandes líneas de lectura, leer durante muchas horas y disfrutar honradamente siguiendo los avatares de las provincias vascongadas para obtener durante la segunda república su estatuto de autonomía, conseguido finalmente de regalo al comienzo de la guerra civil. ¡Hay que ver la astucia de esos gallegos montando aquella bufonada para arrancar contra todo pronóstico y razón el referéndum favorable al Estatuto!

Le interesaban menos los movimientos autonomistas de las demás regiones españolas, aunque fueran de la misma época. La Constitución de 1978 dejaba bien claro cuáles eran las comunidades históricas y, aunque el estatuto de autonomía de Galicia nunca llegó a ser aprobado por las Cortes (ni mucho menos ratificado por ninguna ley) Anxo aceptaba de buena gana participar en esa representación a la que había sido invitado gratis.

Luego, por las noches, corroboraba coma con coma cuanto había leído durante el día. Tanto es así que llegó a no tener un ápice de duda sobre su vida anterior y cuál era su responsabilidad en la actual, a lo que seguía aplicándose con incansable obsesión. Alguna vez, en un arranque de sinceridad que le honraba - las cosas como son -, después de instruirse acerca de lo mucho que se habían preocupado los primeros nacionalistas gallegos, vascos y catalanes en rastrear y escudriñar por todas partes antiquísimos vestigios de diferencialidad, juntaba las manos y, moviéndolas de arriba abajo, lo mismo que la cabeza, exclamaba con una sonrisa de conmiseración (otras veces lo hacía entre histéricas carcajadas):

-Con lo que nos devanamos los sesos rebuscando raíces alejadas en muchos siglos de nuestra historia para justificar nuestra muy lejana autonomía respecto a los demás ¡y resulta que menos de cincuenta años eran suficientes para ser históricos!

La víctima era catalana

Tal vez lo más admirable del nacionalismo sea la paz de espíritu que debe de suscitar a quienes lo profesan, al liberarlos de cualquier noción de responsabilidad sobre sus equivocaciones o sus desgracias... La noción del pecado original, de un acto de maldad cometido hace mucho tiempo y que trajo consigo la expulsión del paraíso, es modificada ventajosamente por el nacionalista: hubo pecado original, pero lo cometieron otros, fue el error de otros, los otros, lo que nos expulsó del paraíso, a nosotros, que éramos inocentes. En eso se distingue la noción de pueblo elegido que esgrimen los nacionalistas actuales de la enunciada en la Biblia: igual que el pueblo de Israel, el pueblo vasco, o el pueblo gallego, o el pueblo abjazo, el pueblo croata, etcétera, son pueblos elegidos, pero en el pacto con la divinidad o con la historia que certifica dicha elección no hay previsto ningún castigo, dado que estos pueblos, a diferencia del hebreo, jamás incurrían en la equivocación o la soberbia, siempre son inocentes.

...En el principio fue el paraíso vernáculo: gallegos, vascos y catalanes vivieron felices, rurales, autóctonos y prósperos, danzando bailes regionales y tocando instrumentos folclóricos, regidos y sanados por amables druidas, por consejos bondadosos de ancianos, hasta que les llegó el día de la expulsión, en el que las espadas de fuego no fueron esgrimidas por los arcángeles de Jehová, sino por hirsutos y renegridos españoles.

Antonio Muñoz Molina

Diario El País

El victimismo coincide con el racismo y con la blasfemia en que echa la culpa a otros.

Manuel Jardón

La «normalización lingüística», una anomalía democrática. El caso gallego.

...no es verdad que Cataluña y Euskadi hayan sufrido a manos de ese nacionalismo españolista una represión superior a Andalucía o Aragón, ni siquiera en el ámbito cultural.. Puestos a recordar culturas devastadas, la madrileña del primer tercio de siglo sufrió con el «ya hemos pasao» un exterminio sin precedente en nuestra historia cultural. La pérdida de novelistas, poetas, médicos, profesores, periodistas, abogados, arquitectos, ingenieros, científicos, que trabajaban en Madrid fue sencillamente atroz. De manera que los nacionalistas catalanes y vascos... no tienen una cuenta especial que saldar con el nacionalismo español. En esta historia no hay víctimas privilegiadas: a los nacionalistas catalanes y vascos les ha ido en ella tan bien o tan mal como a los demócratas o a los rojos españoles, ni más ni menos.

Santos Juliá

Diario El País

Hombre, no. La calidad de una obra de arte no puede estar sólo en el resultado final. Es necesario tener en cuenta también el proceso de elaboración, la técnica y los materiales empleados, la innovación que supuso entonces, el atrevimiento del artista, la historia humana que pueda haber detrás de un cuadro, etcétera, etcétera. Piense usted que se necesita mucho tiempo, habilidad y conocimientos para sacar adelante y conservar algunas obras. Yo había conocido un artesano, muy famoso por toda la región y del que cualquier payés con el que hable le dará razón, al que le encargabas lo que fuera en asunto de muebles y, ¡zas!, en un plis plas te lo hacía, incluso parecía que mejorado. Pero al cabo de unos meses de uso empezabas a verle un defecto por aquí y otro por allá; igual se doblaba la madera que había utilizado aún verde que se rompía cualquier saliente...

¡Palabras y más palabras! El sacerdote no paraba de hablar, embarullando un diálogo imposible y sin aclarar lo más mínimo el motivo por el que se le había venido a visitar, visita que ya había costado lo suyo concertar. Arcadi Puñales escuchaba atentamente, pero con escepticismo, la incontinente verborrea del director del Museo Diocesano de Gerona, en uno de cuyos mejores salones estaban acomodados y dentro del cual se encontraban bastante frescos a pesar de que, fuera, el mes de agosto se hacía valer. Mosén Caldes llevaba una hora hablando en realidad él sólo y el periodista tenía la impresión de que aquel buen señor mentía cada dos palabras, aunque corregía enseguida esa mentira..., con otra mentira. A juzgar por el estilo retórico de su monólogo, la grandilocuente gesticulación y preciosa ortología con que acompañaba su incansable oratoria y la tendencia a la argumentación escolástica, el cura debió de ser un seminarista brillante, lo que a la larga seguramente se había traducido en un puesto cercano al obispo y alejado de la montaña.

- Fue en este mismo salón cuando un día del mes pasado, recién caída la noche bueno no me acuerdo bien si fue aquí o en el pasillo hacia aquí... un señor, que parecía venir solo pero es posible que le acompañara algún otro, me habló del cuadro que traía bien tapado en una furgoneta. Yo no le di ninguna importancia, no creo que la tuviera, pero conforme él iba hablando me fui fijando en las pinturas del retablo y me pareció que sí que podrían tener cierto interés

- Pero, a ver - le frenó el señor Puñales - ¿No había recibido al hombre dentro del museo? ¿Cómo podía haber estado al mismo tiempo viendo un cuadro, por lo demás tapado, que estaba dentro de una furgoneta? ¿Y por qué dice después que era un retablo?

- Bueno, ya sabe usted que un retablo tiene varias partes... como varios cuadros. Estaba pensando en una de ellas como un simple cuadro. Eran unas pinturas realmente fantásticas, no sé si el hombre que las portaba lo sabía, pero a mí me dio a entender que era una cosa de los dos, entre él y yo.

- Este cura es la hostia —rabiaba por dentro Arcadi, que era muy mal hablado -. Sin la grabadora no me voy a enterar de nada.

Ya había previsto problemas cuando, desde la redacción del mejor, aunque bastante parcial (como todos) periódico del país se había pasado colgado tres cuartos de hora del teléfono para convencer al mosén de que se aviniera a mantener una entrevista sobre un asunto que había excitado su fino olfato de sabueso y del que un comunicante no tan anónimo de aquella diócesis le había puesto sobre aviso. Estaba muy atareado... no tenía tiempo... que llamara dentro de un mes... Gracias a la experiencia acumulada en sus años de profesión, Arcadi Puñales le fue arrinconando a base de darle facilidades en todo: iría cuando él (el cura) quisiera, a la hora que quisiera y se hablaría sólo de lo que él (también el cura) quisiera. Ya se encargaría él (el periodista) de llevarlo después a su terreno. Pero mosén Caldes había terminado con unas frases harto misteriosas y que presagiaban muchas dificultades.

- Ya sabe usted... ¿cómo ha dicho que se llamaba?

- Arcadi Puñales.

- Ya sabe usted, señor Puñales, vaya apellido ¿eh?... no correré con usted ningún peligro ¿verdad? ¡Je, je, je Es una broma. Ya sabe usted...

- ¡*Cogoendiola!* Es la tercera vez que me dice que sé algo que aún no sé qué es - se sulfuraba por dentro el señor Puñales.

- Ya sabe usted (cuarta vez) que los sacerdotes no siempre podemos hablar de todo... bueno, hablar, lo que se dice hablar, a lo mejor sí que podemos, pero no podemos decir todo lo que sabemos.

- No entiendo. ¿A qué se refiere?

¿No es usted católico? Perdone mi indiscreción, me refiero a que seguramente usted ha recibido enseñanza de la religión católica, ¿no es así?

Había sonado la voz al otro lado del teléfono clara y rotunda, como de trompeta llamando a la carga. El periodista intuyó algo. Aunque no era muy practicante (en realidad no lo era nada) aún se acordaba - *oh, tempora; oh, mores* - de aquellos nueve primeros viernes de mes, con sus emocionantes comuniones precedidas de sus sisibeantes confesiones.

Por si acaso, el señor Puñales quiso documentarse. Antes de proceder a la entrevista que por fin había conseguido que le aceptara el capellán, se acercó por la Biblioteca Municipal de Barcelona y consultó varios tratados piadosos. En uno de ellos el misionero capuchino Manuel de Jaén, muerto en Valladolid en 1739, había escrito en el tercer capítulo este contundente e inquietante párrafo: *El Confesor no puede revelar a nadie ningún pecado que le confesaron, aunque le quemaran vivo o le hicieran pedazos. Es con tanto rigor y obligación este secreto, que ni a ti mismo a solas puede sin tu licencia manifestar un solo pecado venial que te oyó en Confesión, y aunque importara la salvación de todo el mundo o hubiera de perecer la fe y la Iglesia de Dios; y si fuera necesario podía jurar que no sabe tal cosa, porque lo que oyó se lo dijeron, no como a hombre sino como al mismo Dios.*

Ahora ya sabía a qué atenerse.

- ¿Por qué piensa usted que el retablo es tan valioso? (El periodista decidió aceptar - por algún sitio había que tirar - que se trataba de un retablo).

Modestia aparte, yo tengo mis conocimientos; no olvide que soy el director del Museo Diocesano. Es posible también que alguna de las personas que vinieron me concretaran que se trataba de una joya gótica del siglo XV del pintor catalán Jaume Cirera.

- Y si era tan valioso ¿cuál podría haber sido el móvil de esa o esas personas para haber querido deshacerse de él, perdón, querer donarlo?

Mosén Caldes carraspeó, frunció un poco el ceño miró hacia el suelo y, con tono misterioso, empezó:

- Se cumplen ahora sesenta años del comienzo de la guerra civil (entre españoles no hacía falta aclarar más de a qué guerra se refería). Por mi origen - soy natural de esta diócesis -, por el ministerio que ejerzo y en razón de mi actual cargo, o gracias a mi amplia cultura previa que seguramente influyó en que fuera llamado a ocupar este cargo, yo tenía conocimiento de que en la iglesia de Sant Llorenç de Morunys, a poco más de 30 kilómetros de Solsona, había estado desde el siglo XV un valioso retablo dedicado a las representaciones de San Miguel y de San Juan, un auténtico tesoro de siete piezas, adornando el altar mayor, aunque parece ser que también pasó por alguna que otra capilla de la misma iglesia. Usted es joven pero yo aún guardo algún recuerdo lejano de llamas, gritos, disparos, sirenas y carreras alocadas. Entre lo que nos han contado y lo que usted seguramente sabe porque es una persona estudiada, la vida y los bienes de las personas, digamos, de mi profesión valían en aquel momento en Cataluña tanto como nada.

- En Cataluña y en otras partes de España.

- Desde luego, pero estamos en Cataluña ¿no? Déjeme seguir... Los primeros meses fueron terribles - se le notaba molesto por lo que seguramente consideraba una impertinente interrupción -. Se puede imaginar usted que en aquellos tiempos que corrían los dos curas encargados de Sant Llorenç un párroco y un coadjutor que vivían en la rectoral que había pegadita a la misma iglesia, a la que accedían por una única puerta a través de la pared frontal de la sacristía situada justamente detrás del altar mayor, se puede imaginar, repito, que esos dos sacerdotes vivieran con el alma en un puño y cerraran con varias vueltas de gruesa llave tanto la puerta que permitía pasar de la iglesia a la sacristía como de ésta a la vivienda. El pueblo estaba dominado por gente sencilla, payeses la mayor parte, que habían caído en el descreimiento a pesar de que eran muy amantes de su trabajo, de sus costumbres y de su cultura. Precisamente esta comarca había sido una de las que más había apoyado y con mayor énfasis procuraba aplicar el Estatuto de Autonomía. A pesar de esas cualidades, tan antiguas entre esta gente que se pierden en el tiempo, mis paisanos no sólo habían empezado a mortificar a los sacerdotes sino que, invadidos por ideas foráneas que no tenían nada que ver con

esta tierra, llevaban tiempo hostigando también a un par de honradas familias de Morunys, simplemente porque eran ricas y poderosas. La envidia, pecado capital tan español, les hacía llevar mal el que ambas dispusieran de auto, una de ellas, la de don Lluís Marfany, hasta tenía un poderoso camión de ruido espantoso, necesario para la industria maderera a la que se dedicaban y que se empleaba para transportar de todo, desde troncos de árboles hasta muebles y cajas de fruta u hortalizas, una vez limpiado debidamente su remolque.

Bien nutrido de palabras, el mosén habla y se alimenta: no hay gasto, piensa el periodista.

- Usted se imaginará cómo estaba la situación entonces, máxime durante los primeros meses de contienda, cuando el absoluto dominio de los trabajadores, exaltados por las ideas socializantes y ateas que venían desde Madrid - donde el gallego Pablo Iglesias había fundado el Partido Socialista Obrero Español -, la inquina y el resentimiento largamente incubados contra la riqueza de esta región provocaron innumerables altercados, ruines robos y venganzas espantosas.

- Pero en otras regiones ocurrió exactamente lo mismo y algunas de ellas eran de las más pobres de España. Ese tipo de maldades que menciona también se dio en otros sitios, sólo que al revés: los ricos hicieron limpieza de pobres -se atrevió a volver a interrumpir el señor Puñales. Estaba siendo muy discreto, él habría querido añadir «apoyados por la Iglesia», pero el inacabable verbo del mosén no le dejaba ningún resquicio ni, a la vista del fruncimiento de cejas anterior, quería desairarle demasiado, al menos hasta que le contara (es un decir) toda la historia de las siete tablas del retablo.

- ¡Claro que en las demás regiones, ahora Comunida-des, españolas estaba pasando lo mismo! ¿De dónde venían, si no, todos esos perniciosos conceptos? Cataluña era una región rica, era la única que tenía, desde hacía cinco años, su Estatuto de Autonomía, no necesitaba complicarse la vida. Vinieron los demás a complicárnosla - mosén Caldes estaba transformado, su parsimonia y control inicial parecían tambalearse. No obstante, la veteranía de sus sesenta años y, sobre todo, del oficio le hizo exhibir al final una amplia sonrisa que tuvo la particularidad de suavizarle de repente el gesto y de avisarle al periodista de que no siguiera por ahí -.

Continue-mos. Tan caldeado estaba el ambiente que el párroco convenció a su ayudante para que se marchara una temporada a vivir con sus padres en Mollerusa. - Y no tengas prisa en volver. Total, para el trabajo que tenemos... - le había insistido solícito. Poco después de marcharse el coadjutor, desapareció el retablo.

Mosén Caldes era un Demóstenes pero también debía coger aire de vez en cuando. Aprovechó para indicarle con una señal al plumilla que le siguiera y, si éste fuera ciego, no habría tenido ninguna dificultad en poder hacerlo siempre que no hubiera sido también sordo, tantas y tan claras eran las pistas sonoras que el director del museo iba dejando tras de sí: palabras, frases, períodos largos y cortos, textos orales de todos los estilos se encadenaban sin pausa. Mientras le seguía por los pasillos y escaleras interiores del museo, Arcadi Puñales tomaba apresuradas notas de lo que se dignaba contar un capellán feliz por poder poner en práctica sus entrenadas, aunque probablemente también innatas dotes para la argumentación escolástica.

- Según yo ya sabía - continuaba triunfante o por lo que acaso él, o ella, me dijo, un día del mes de octubre de 1936 el retablo desapareció sin dejar rastro. De la noche a la mañana. ¡Mire, aquí está! señaló gozoso el sacerdote.

- Pero aquí no está lodo el retablo protestó el señor Puñales.

- ¡Ah, no! ¡Eso sí que no! Conténtese con ver y apreciar esta sola pieza. Las demás también están en el museo, puede creerme.

La verdad es que el periodista no era muy ducho en arte pictórico, como no lo era en casi nada de lo que tenía que tratar con sus múltiples y cualificados entrevistados. Simplemente observó que la pieza medía sus dos buenos metros de altura y que en la parte superior sobresalían las cabezas de dos santos (ni aunque lo mataran podría distinguir cuáles) rescatadas del papel encolado que cubría por completo el resto de la superficie pintada. Sobre ese papel se especificaba, en catalán y con ortografía titubeante, que era el frontal del retablo de San Miguel y San Juan.

- Usted me disculpará pero, aparte de los conocimientos en arte que usted ya tenía y de lo que le aseguró la o las personas que han restituido el retablo, ¿no ha intentado el museo cerciorarse de que era auténtico?

- Por supuesto - y el sacerdote volvió a mostrar una amplísima sonrisa que dejó visibles dos hileras de dientes immaculados mientras trazaba un ampuloso gesto con la mano derecha, relajado por poder contestar a algo sin tener que hacer uso del regate (seguro que también había sido un gran futbolista, casi todos los seminaristas lo eran) -. Vino a verlo nada menos que don Josep María Xarres, *Cap de Restauració de la Generalitat*. Yo mismo presencié cómo con una máquina de vapor despegó, milímetro a milímetro, el papel de la parte descubierta que usted ve ahora. «No hay duda —había sentenciado Xarres— es el retablo de San Miguel y San Juan de la iglesia de Sant Llorenç de Morunys».

Lo que no había dicho el experto, o sí pero era mosén Caldes quien no se lo quería decir al periodista, es que creía haber descubierto lo mismo que el comunicante no tan anónimo le había contado al señor Puñales: el tipo de papel que envolvía las siete piezas era el mismo que había protegido otro retablo, el de la iglesia pirenaica de Son. En el mundillo del señor Xarres se rumoreaba que este segundo recubrimiento - primero en las reparaciones - había sido obra del mismísimo Bardolí, anticuario muy famoso en toda Cataluña. Para confirmarlo, se había guardado un trozo de papel con el fin de analizarlo y resolver las sospechas, pero aún no lo había hecho.

A mosén Caldes se le veía entusiasmado, pero comedido y digno. Su amplísima frente empujando para atrás los restos de unos cabellos totalmente blancos, las pobladas cejas sobre unos maduros ojos, el gesto grave pero cordial de las dos líneas rugosas que unían su gran nariz con la proporcionada boca le conferían en aquel momento sublime la necesaria dosis de sabiduría para comprender y hacer comprender a su acompañante que se hallaban ante una obra de arte de enorme valor, por lo menos crematístico, aunque sólo fuera por los quinientos años de antigüedad de la pieza.

- Tengo la impresión de que una persona cultivada, muy cristiana y amante de los tesoros de su tierra, acongojado por los desmanes que oía a diario y ante el temor de que los rojos, en su incultura, ateísmo y odio por las propiedades ajenas, quemaran en cualquier momento la preciosa iglesia con todo lo que hubiera dentro, fuera animado o inanimado, decidió llevarse de allí el retablo y mantenerlo a buen recaudo para protegerlo del fuego o de la impiedad de las masas se animó a decir, por fin, el cura.

-¿No ha sido excesivo el celo: casi 60 años escondido? Menos de tres años después del hecho que usted me cuenta pocas iglesias podían ya quemar los rojos - protestó con cierta soma el señor Puñales, avezado su instinto de sabueso por los años en el oficio, y mostrando una vez más su anticlerical desconsideración y casi seguro agnosticismo.

- Bueno, con el lío de aquellos terribles años... a lo mejor quien lo ocultó tan piadosamente sufrió poco después el paseíllo y ha tardado tanto tiempo en aparecer. Aún hace poco que se ha creído descubrir un goya en la mismísima sede de la Comunidad de Madrid.

- Pero en este caso nadie ha ocultado su identidad. Se sabe perfectamente qué operarios fueron los que se toparon con la tela.

- ¿Y si quien lo guardó durante los primeros años (los más difíciles), o sus descendientes, hubieran sentido después miedo de que se creyera que lo habían robado y lo retuvieron ahí, sin saber qué hacer con él? - intercedió el mosén.

Arcadi Puñales era también una persona inteligente. Entre tanto farrago de palabras y pistas falsas había creído atisbar algún indicio que, bien seguido el rastro, le podía llevar a la solución del un tanto extraño caso. Como también era una persona leída, recordó que Javier Marías contaba en *Corazón tan blanco* cómo un experto en pintura tenía dos o tres maneras de enriquecerse. La primera era legal y consistía en comprar para si mismo a quien está en apuros. «Por ejemplo, durante y después de una guerra, en esos períodos se entregan obras maestras por un pasaporte o por un tocino», había escrito. No es que tuviera que ver exactamente con el asunto que trataban en esos momentos pero, de repente, Arcadi había asociado las palabras enriquecerse y guerra, tan próximas en ese texto.

La visita-entrevista aún continuó un poco, más por lo debido a la mutua cortesía y a la prevención de posibles contactos futuros, que impedían terminarla de golpe, que a las ganas que tenía uno de seguir comulgando con ruedas de molino, y el otro de continuar expuesto por más tiempo a las pesquisas de la prensa. Mientras desandaban el laberinto de salas y pasillos que se iban obscureciendo por detrás, Puñales oía sin desear escuchar pero el hábito y su instinto le hacían todavía tomar nota del lanzamiento de nuevas hipótesis: «Quizá lo encontrara en la puerta del museo, como un niño en una cesta...» «Si yo lo hubiera recibido, a él o a ella, y yo no lo conociera ni lo hubiera visto nunca a antes...».

De vuelta en la redacción esa misma noche, se puso frente al ordenador a preparar el pequeño reportaje sobre el extraño caso del cura de Gerona, que recibió un retablo perdido del siglo XV a cambio de silencio. Así lo pensaba titular o, cuando menos, subtítular. Creía haber descubierto unos cuantos elementos sospechosos. Conforme iba transcribiendo la entrevista, con las explicaciones y adornos pertinentes, se le iluminaba el rostro. El aluvión de gota fría que había tenido que soportar dos horas antes le había negado la tranquilidad necesaria para desenvolverse en medio de la riada de palabras. La calma de ahora le estaba haciendo descubrirla trama auténtica, pensaba él, que podía explicar el origen de la guarda de un secreto como Dios manda. Pero estaba cansado. La hora que era y la tensión a la que le había sometido el curita de los cojones con sus enigmas de escolástica, sus trampas dialécticas y el esparcimiento continuo de pistas falsas le tenían realmente fatigado y con la cabeza echándole humo. A las dos de la madrugada había transcrito ya toda la entrevista y decidió abandonar.

- ¡Ya está! Ahora mismo llamo al cura - exclamó un exultante Arcadi, dando un golpetazo con la mano sobre la mesa de la cocina mientras desayunaba a la mañana siguiente.

Tardaban bastante en pasarle con el director del Museo Diocesano. Mientras esperaba repasó lo que pensaba decirle. Arcadi Puñales era un representante más del ejército de profesionales de los medios entusiasmados por el periodismo de investigación y denuncia. No se sabe si es consecuencia del caso Watergate, o fruto de su afán justiciero, pero buena parte de los periodistas creen llevar dentro un detective privado y darían media mano por conseguir un reportaje que trastocara medio

mundo. Por fin, pudo reconocer la sonoridad metálica al otro lado del teléfono. Realizadas las identificaciones, el periodista no quería darle tiempo de ventaja al mosén, así que le espeto sin mas:

-Mosén Caldes, escuche bien lo que le voy a decir.

- ¿?

- Creo que entre las diversas historias que usted me contó ayer se esconden los datos suficientes, como ocurre en cualquier jeroglífico, para que pueda emerger una, la verdadera, y dejar resuelto el enigma que se nos ha planteado a casi todos.

- No entiendo.

- Pero yo creo que sí. Escuche. No es necesario echarle la culpa de la desaparición del retablo a ningún rojo descreído. El exquisito cuidado con que debieron separar de la pared, descolgar y embalar de alguna manera aunque fuera elemental, pero segura, como se deduce del esmerado tratamiento posterior a cargo de uno de nuestros mejores anticuarios, las siete piezas de dos metros, obliga a pensar que fue una tarea de varias horas. Con el párroco durmiendo al otro lado de la sacristía situada justamente detrás del altar mayor, donde estaba el retablo de San Miguel y San Juan, nadie se habría arriesgado a despertarlo durante la operación con cualquier ruido del todo inevitable. ¿Qué ocurrió, en realidad? Pues que el titular de la parroquia se deshizo del coadjutor, testigo incómodo e innecesario, haciéndole marchar una temporada a su casa natal con el fin de dejar vía libre a uno de los dos ricachones del pueblo para que entrara una noche en la iglesia. El cura permitió el atropello de buena fe para salvar el retablo de una más que segura desaparición, por destrucción o por robo, tal como le había pronosticado insistentemente el dueño de la serrería. Pero, huyendo del fuego, el sacerdote cayó en la sartén - Arcadi Puñales iba tan lanzado que no le daba tiempo a calibrar del todo lo que decía -.

Un enorme y ruidoso camión maderero no podía haber pasado desapercibido en mitad del silencio de una noche rural. Su dueño, ayudado por familiares o por algunos de sus operarios más leales y tan convencidos como el párroco de que estaban haciendo una buena obra, se apropió del retablo con el inconfesable propósito de venderlo a muy buen precio aprovechando el río revuelto de la guerra o para cuando, mucho tiempo después, se hubieran acallado los ecos del escándalo.

- ¡Ja, ja, ja.! ¡Qué imaginación tiene usted! Los periodistas sois tremendos- mosén Caldes había pasado del trato de respeto al tuteo sin transición alguna. ¿Un paso en falso desde las defensas de su *turris ebúrnea*? ¿Estrategia de acercamiento? Piense usted que la víctima era la iglesia catalana - el laico Puñales no podía saber si el mosén se estaba refiriendo a la Iglesia, con mayúscula, a la iglesia de Sant Llorenç de Morunys; ambas tenían sentido - . No podía haber hecho semejante fechoría un hombre cristiano, amante de la tierra en que había nacido y de sus riquezas nunca mejor dicho, pensó muy mal el redactor - y que, *a mes a mes*, ya era rico.

- Como tantas veces ocurre - Arcadi zanjó enseguida, había cogido el teléfono para hablar él, no para oír hablar al otro - , ya fuera por el bajo precio que en aquellos momentos de necesidad se podía pagar por una obra de arte como esa, ya fuera porque se trataba de un retablo fácilmente reconocible (al menos por los entendidos) y enorme, lo que dificultaba mucho deshacerse de él, o porque, una vez pasado el tiempo sin haber conseguido venderlo, el rico y sacrílego cristiano hubiera sido cada vez más invadido por el remordimiento y hubiera llegado a no querer venderlo pero tampoco se atrevía a entregarlo (era un ciudadano respetable), el caso es que el retablo se encontraba durmiendo en cualquier amplio sótano de buena casa año tras año década tras década. Un día, quizá presintiendo cercana su muerte, se acercó él mismo - o habiéndolo dejado encargado a un testaferro suyo - y pactó con la persona mas indicada, un sacerdote director del Museo Diocesano, la entrega del longevo retablo.

Como cuento no está mal pero yo no le he contado eso.

- ¿Que no? Usted me ha ido diciendo todo, sólo que encubierto por mentiras piadosas y medias verdades - se envalentonó Arcadi. Pero enseguida, dominado por el sentido de la responsabilidad, agregó:

- Mas pierda usted cuidado - en el fondo le había cogido algo de aprecio y le daba un poco de lástima; él (el mosén) también lo debía de estar pasando mal -. Esto ha sido para mí un simple divertimento. Yo me sentía cada vez más intrigado y he querido resolver la estupenda trama que usted había urdido. Pero sólo lo sabremos usted y yo ¿eh? Al fin y al cabo yo también soy catalán y he celebrado, aunque en tiempos, los primeros viernes de mes.

Y colgó.

Love Story

El avión voló hacia el Sur, caminó casi 8.000 km y se seguía hablando español. Después de eso volvimos a caminar no sé cuántos kilómetros, de Santiago a Concepción, 500, 600, 700, y se seguía hablando español. Cuando después de esto continuemos hacia el Sur, hasta, allá, hasta Punta Arenas, se seguirá hablando español. Se puede caminar 10.000 un hacia el Sur y hablar el mismo idioma y entendernos, tener la misma sensibilidad, los mismos sentimientos... ¿En qué podemos nosotros distinguir a nuestro pueblo de ustedes? ¿Como podemos saber así, qué medio, que cosa hay que nos diga que estamos conversando con un extranjero? ¿Cómo nosotros podemos tener a ustedes por extranjeros?

Fidel Castro

Discurso al pueblo de Concepción, en Chile

La libertad hay que conquistarla cada día, pero hay peligros enormes en su contra.: ahí está el renacimiento de los nacionalismos y el de los fanatismos religiosos.

Octavio Paz

Conferencia de prensa en Nueva York al conocer la concesión del Premio Nobel

1.

La calma plácida de la mañana se quebró de pronto cuando la hermosa puerta de madera roja saltó por los aires reventada por dos certeros cañonazos. Entre la humareda y los alaridos de espanto brillaron unas puntiagudas espadas y se oyeron gritos de guerra. Los castrados guardianes, grandotes pero mal armados, empezaron a caer uno a uno entre arcabuzazos y fieros tajos, manchando enseguida de sangre el lujoso suelo con sus desnudas carnes. Más de doscientas vírgenes temblaban llenas de pánico, mientras se escondían por los rincones o se estrujaban contra las paredes del fondo del templo. Cuando hubieron penetrado, y a pesar de la fiereza del momento, los soldados se pararon en seco impresionados y enternecidos por la belleza y el terror que encontraron en los ojos, en todo el rostro, de las esbeltas ma macomas que tenían ante sí.

A una orden del capitán se abalanzaron sobre ellas asiéndolas por los brazos, por las ropas, sujetándolas por los cabellos o por donde podían, gritando como locos y disputándose entre ellos la presa. En el rifirrafe de corridas, gritos, empujones y caídas algunos desgarros de las finas prendas de algodón dejaron entrever, o ver del todo, el temblor de algún hermoso pecho moreno.

En aquel caluroso día de una estación cualquiera - las cuatro eran parecidas - del año del Señor de 1.530 todo el pueblo de Cajas se hallaba consternado. En realidad, hacía mucho tiempo que algo muy hondo se venía quebrando en la ancestral estructura social de ha comarca de Tahuantinsuyo. El barbudo hombre blanco de hierro acababa de violentar una de las sagradas casas de mujeres vírgenes procedentes del pueblo de los cañaris, especialmente elegidas por hermosas y dedicadas al servicio de los dioses paganos, de sus templos y se supone que de sus sacerdotes. Hernando de Soto, una vez separado para él y sus capitanes el mejor lote, mandó repartir el resto de las doscientas muchachas entre sus hombres, hartos desde hacía mucho tiempo de una obligada continencia que, a falta - o sin falta - de otros botines, preludiaba ya algún conato de rebelión.

La tropa, al contrario de lo que habitualmente se cree, no era muy numerosa, por lo que hubo carne para todos. Bravos soldados como Cieza de León, La Gasca o Alonso de Zúñiga estaban de verdad contentos con lo que les había caído en suerte. En particular el último. Se había quedado sin habla, seguramente entusiasmado por los finos rasgos y el noble talle de la muchacha que estaba con él, y porque lo que le pudiera decir de poco les iba a servir a ambos, dada la absoluta imposibilidad de entenderse. El de Zúñiga era también joven y, aunque recio en el combate, empezó a mostrar desde entonces unos ojos de ternero viviendo desazonado por no saber cómo consolar a la graciosa indiecita.

Con no poco esfuerzo, dado el estado de postración de la muchacha y la ausencia de una sola palabra de comprensión común, don Alonso le hizo saber cuál era su nombre y consiguió interpretar que el de ella era algo así como *Tacunga*, que al bilbaíno le pareció tan propio de ídolos que enseguida lo tradujo cristianizándolo por Teresa. Años más tarde escribiría Cieza sobre las indias cañaris que eran *no poco ardientes de lujuria, amigas de españoles*, recordando en parte el mucho tiempo pasado en el campamento de los conquistadores durante el cual no se oyeron sino jadeos y ninguna conversación entre soldados e indias.

Teresa llevaba adobado el rostro. De sus horadadas orejas pendían unos lindos zarcillos y de la ternilla de la nariz una piedra de ámbar. El pelo era muy negro y lo llevaba largo y trenzado con primor. Como sus compañeras, era muy dada a los baños fríos y calientes, y usaba ungüentos olorosos que los soldados les habían devuelto entre el resto del botín recogido en el templo. Zúñiga la trataba con exquisito tacto y la intentaba reconfortar a su manera. Consciente de la enorme barreta que existía entre ambos, procuraba ante todo enseñarle un mínimo de palabras dominantes en el nuevo entorno en que ella debía acostumbrarse a vivir, lo que les permitiría empezar a entablar una relación que, con el tiempo y la ampliación de un código común, pretendía que fuera haciéndose más profunda y estable. No tenía prisa. Se sentía, ¿quién lo hubiera dicho?, enamorado; y durante las varias semanas que ya llevaban juntos no intentó nada que ella no aceptara de más o menos buen grado ni mucho menos usó con ella *extra vas debitum*, como sabía que hacían con otras esclavas algunos de sus compañeros.

Poco a poco Tacunga pudo comprobar las ventajas que también tenía el vivir entre seres más desarrollados en ciertos aspectos. A pesar de la dureza propia de un campamento militar, su natural curiosidad le hacía sorprenderse con agrado de un buen número de instrumentos y enseres desconocidos hasta entonces para ella y que contribuían a soportar la vida un poco mejor. Pronto percibió que hacía gracia y que conseguía más favores cuando se animaba a pedir cualquier cosa en español. Aprendió a decir *agua, frío* (ésta le resultó más difícil), *pan, leña, dormir...* Y ella, a su vez, también inició en algunos vocablos a su nuevo amo, a quien llamaba *tecle*, que en su lengua quería decir señor y así lo entendía don Alonso. De no haber sido soldado, éste podría haberse dedicado al magisterio de las letras, dada la infinita paciencia con que enseñaba y los múltiples recursos de que echaba mano para facilitar el aprendizaje. Así, como suele practicarse con los niños muy pequeños, le señalaba algunas veces cualquier parte de su propio cuerpo, empezando por la cara, o algún objeto cercano y esperaba que Teresa le repitiese el nombre con que días, semanas, meses antes la había instruido. O le hacía repetir frases de no más de cuatro palabras: *dame la mano, ¿te gusta la comida?, esto es muy bonito*, y cosas por el estilo. Lo que no pudo enseñarle fue a leer ya que él mismo era iletrado.

Ella, que se daba cuenta de que el vasco, aunque rudo, no era malo, agradecía por otra parte bien dentro de sí los desvelos de que era objeto. Al cabo de varios meses de convivencia las indias conocían el talante de cada conquistador, cuál dispensaba un buen trato a sus sirvientas y cuál las maltrataba, quién era un caballero y quién un bribón. De hecho, cuando alguno de los indeseables adquiría alguna india en almoneda, ésta desaparecía al poco tiempo. Intentar encontrarla era imposible en un mundo donde el conquistador estaba perdido. Bernal Díaz del Castillo comentaba jocoso que preguntar entonces por la huida era tanto como buscar a Mahoma en Granada.

Cierto día, cuando Tacunga andaba preparando unos fríjoles con el semblante entristecido mientras pensaba en su gente y en las dificultades que aún tenía para comprender lo que estaba pasando a su alrededor, se desprendieron de su lindo rostro unas casi imperceptibles lágrimas. Al ir a enjugárselas, rozó con la manga la cazuelilla de barro en la que estaba cocinando, ésta cayó al suelo y se partió en cuatro pedazos. El desconsuelo de la muchacha fue aún mayor y se puso a llorar abiertamente. Los sollozos alertaron a don Alonso de Zúñiga., que se hallaba cerca dando brillo a sus armas y armadura. Se acercó solícito, entendió lo que había pasado y, sin decir nada, entró en un

barracón, volvió enseguida con algo en la mano, cogió los trozos rotos, los lavó allí mismo y empezó a juntarlos uno a uno pegándolos con un engrudo formado con una mezcla de resina, harina, y agua. Teresa lo miraba extrañada. Había dejado de llorar. Cuando el bilbaíno acabó de unir todas las partes, sonrió con amplitud y volvió la vista hacia ella. Esta bajó los ojos. Pero los levantó enseguida sonriendo, se abalanzó después hacia el soldado, se abrazó a él y comenzó a llenarle la cara de besos mientras le repetía, sin duda recordando una expresión oída muchas veces: «te quiero, te quiero, te quiero». Emocionado Zúñiga, apartó ligeramente la cara de Tacunga -Teresa y, al tiempo que le secaba con sus manos los restos de lágrimas que todavía bordeaban sus lindos ojazos negros, le decía muy quedo: «yo también, cariño, yo también».

Por un instante tuvieron que detener sus arrumacos, felizmente sorprendidos por los alegres bravos y aplausos que les llegaban desde un desinhibido corro de soldados e indias que se había formado enrededor. Cogió entonces en brazos el liviano peso de la amada y desapareció entre las sombras del barracón.

2.

¡No podía ser! ¡Otra vez el mismo chico cruzando los brazos ansioso por encima de él haciéndole señas! - ¡Caray con el tío! - pensó - ¡qué insistencia en hacerse ver! A pesar de que la muchacha caminaba deprisa entre la bruma, con la cabeza metida entre el cuello y las solapas del abrigo, había vuelto a fijarse en él. La verdad es que el joven parecía bastante alto, quizás hasta guapo, pero tampoco tenía que resultar fácil verlo tan a menudo desde la otra orilla. Y, sin embargo, hacía tres meses que se topaban visualmente al menos dos veces diarias. Seguramente él conocía muy bien el itinerario habitual de la chica camino de las clases, y ella iría ya menos despistada de lo que en realidad estaba dispuesta a admitir.

Aunque se hacía la interesante y medio la ofendida, en el fondo le gustaba la atracción que producía en aquel loco que no paraba de lanzar sonoros silbidos metiéndose los dedos gordo e índice en la boca, o de hacer cosas raras para llamar su atención. Lo mismo gritaba como un energúmeno que se sacaba la zamarra en plena lluvia para agitarla sobre su cabeza. Un día, después de conseguir que ella se parara a mirarle, pasó una pierna por encima de la balaustrada e hizo ademán de lanzarse a la ría para estar junto a ella. La muchacha, horrorizada, se lo quitó de la cabeza a gritos y con violentos gestos; y él, sonriente, hizo como que cedía de mala gana. Antiguamente había habido muchos y hermosos puentes que mantenían unidas las dos orillas, y aún ahora se podían observar los herrumbrosos muñones de algunos de ellos pegados a los muros que contenían el agua, sus mareas y crecidas. Pero en la época del incipiente romance de orilla a orilla entre un todavía granuloso joven y una adolescente sólo existía un puente, ferozmente protegido en ambos extremos, sobre todo en el de la parte del chico, donde se debían pasar múltiples controles para poder salir o entrar. Ciertamente, si no se quería perder mucho tiempo, acababa siendo más práctico tirarse a la ría.

Tantos aspavientos, silbidos y machadas hacía a diario el jovencito que ha gentil niña le fue concediendo cada día más minutos, si no de charla porque estaban demasiado alejados para poderse entender, al menos de mímica. Ella le explicó, hincando los codos sobre su pretil mientras escondía la cabeza entre las manos, que era estudiante. El otro incluso le supo hacer entender (realmente era un chico listo) que también estudiaba, pero más encauzado al mundo inmediato del trabajo. *Hacía* tercero de tratamiento de residuos, urbanos y no urbanos, no se vaya usted a creer. En sus ratos libres echaba una mano en el taller que su padre tenía de monoplasas aéreas, artilugios mecánicos que aunque permitían una gran independencia de movimientos - de ahí que hubieran sustituido a los muy antiguos automóviles en los desplazamientos cortos y sin equipaje - ella los usaba poco porque sufría de vértigo.

La jovencita no sabía cómo había sido pero el tonto del muchacho había conseguido captar su atención hasta tal punto que se pasaba el resto del tiempo pensando en las graciosas chorradas que le contaría al día siguiente con manos, brazos, cara, cabeza, tronco..., pues no había forma de entender una palabra, dada la distancia que les separaba. A veces se desesperaba uno de los dos porque el otro no acababa de atisbar lo que se le quería decir, pero al poco cualquiera de ellos estallaba en carcajadas por lo ridículo de la situación (siempre acababa quedándose mirando algún curioso) y se la contagiaba al otro. Varias tardes había ablandado la jovencita el aire de su casa con el añejo sonido de *Love Story*, una enternecedora melodía del siglo pasado.

Como les costaba tanto comunicarse y empezaban a gustarse también tanto, se les pasaba el tiempo volando mientras gesticulaban y, al final, debían concertar otra cita para seguir explicándose tan pocas cosas durante el mucho tiempo que cualquier minucia les llevaba. La naturaleza que, a pesar de ciertas maldades e incoherencias que a veces se detectan en ella, no deja de estar bastante bien hecha, iba haciendo de las suyas. Por lo que más temprano que tarde llegó el momento en que el romeo ya no tenía labios, ojos ni manos bastantes para manifestarle a su adorada ciertas ideas sublimes, algunas de ellas demasiado íntimas como para exhibirlas a la vista de todo el mundo que pasara por una u otra ribera.

Fue así como una tarde, a la vuelta de las clases, que era cuando ella disponía de más tiempo para los ejercicios de teatro, se quedó paseando tranquilamente a lo largo de su trozo de ría esperando que apareciera el pretendiente al otro lado, entre la constante bruma de esa tierra. Del pavimento ascendía el dulce calorillo provocado por las arterias de agua caliente instaladas bajo las baldosas para facilitar el paseo de los ciudadanos. A los diez minutos un conocido silbo le removió el corazón. Saludó moviendo alegremente la mano. Él lo hizo, en cambio, agitando lo que parecía una botella. En cuanto el chico se cercioró de que ella se fijaba en el misterioso objeto, le hizo señas de que le había escrito algo en un papel que después había introducido en la botella y que la pensaba arrojar con la mayor fuerza posible hacia donde ella estaba, con la intención de que, aprovechando la corriente, la recogiera unos metros más abajo, donde el antiguo embarcadero del *Garolino*. Incluso había unas viejas escaleras de piedra que se hundían en el agua; podía bajar hasta allí. Pero la chica, con toda razón, le hizo saber que no debía arriesgarse a tirar la botella porque no había ninguna garantía de que pudiera llegar tan pegadita a su orilla, como para recogerla sin más ni más, sin ningún esfuerzo. Entonces decidieron (estaban ya muy duchos en el lenguaje de signos) que se fuera ella a buscar una red de las que se usan para limpiar la superficie de las piscinas, que disponen de un largo palo. Él la esperaría lo que hiciera falta. En efecto, una excitada quinceañera apareció corriendo enarbolando la útil herramienta al cabo de no más de media hora entre una niebla cada vez más opaca y desazonadora. El lejano mugido bronco de una sirena de barco la estremeció de repente. Bajó al embarcadero y esperó a que el joven, unos treinta metros mas arriba, cogiera carrerilla y lanzara con vehemencia el mensaje. La corriente fue acercando con suavidad la botella náufraga. Al llegar a la altura de la chica, ésta alargó cuanto pudo el brazo que sujetaba el mango de la redcilla. Pero, ¡oh desilusión!, la botella pasaba demasiado lejos. La fue siguiendo a lo largo del embarcadero. Todo resultó inútil: acabó perdiéndose camino del mar.

Pero el avisado chico lo tenía todo previsto. La muchacha levantó la cabeza hacía donde él estaba y, ¡voilà!, le estaba enseñando otra botella, se supone que con idéntico mensaje dentro. Volvió a separarse unos metros de la balaustrada, echó otra vez a correr y lanzó con mayor fuerza la segunda botella. A ver a ver, a ver.. Ahora parecía que iban a tener mas suerte. En efecto, al poco rato el vidrioso objeto pasaba bastante más cerca del embarcadero que antes. La muchacha lanzó al agua la red y, tentando, tentando, ¡eureka!, pudo por fin recoger el ansiado envío. Palpitante, desenroscó el tapón, volcó la botella con el cuello hacia abajo, la sacudió golpeándola y recogió con sus finísimos dedos la emocionante misiva apretada en una goma que se deslizaba hacia el suelo. Desenrolló con apresuramiento el papel y... ¡horror! ¿Qué era aquello? ¿En qué idioma estaba escrito? No entendía absolutamente nada. La botella se le cayó al suelo, haciéndose al instante añicos. Abatida, la

muchacha se puso a llorar con desconsuelo. Al poco, echó a correr desenfrenadamente sin volver ni una vez la vista atrás.

En aquel gélido día de invierno del año 2.096, una impenetrable niebla se extendía sobre la ciudad de Bilbao. Entre las márgenes izquierda y derecha del río Nervión no se veía, ya nada.

Santiago de Compostela, 8 de noviembre de 1995

Augusto Bruyel (Calatayud, 1.948). Se traslada a Lugo en plena infancia hasta realizar el bachillerato. Licenciado en Psicología y Filología Hispánica por la Universidad de Barcelona, es doctorado en Psicología por la Universidad de Santiago.

Integrado en Cataluña, vuelve de nuevo a Galicia trabajando para la Xunta. Asiste con estupor al nacimiento de una lengua gallega que no puede identificar, motivo por el que decide narrar en clave literaria su óptica sobre los nacionalismos.

La obra de Cuetos Nacionalistas es una colección de relatos cortos sobre diversos aspectos de los actuales nacionalismos españoles, que procura armonizar la literatura con un incipiente ensayo. El autor muestra la evidencia y paradojas del sentido nacionalista, que él interpreta con exquisita sutileza presentando los hechos de manera que sea el propio lector inteligente quien descubra el entramado reflexionando hasta sus conclusiones. El autor ofrece una base racional de análisis, a partir de las citas iniciales e intermedias de cada relato, animada por la exposición literaria de narrar a través de un cuento.